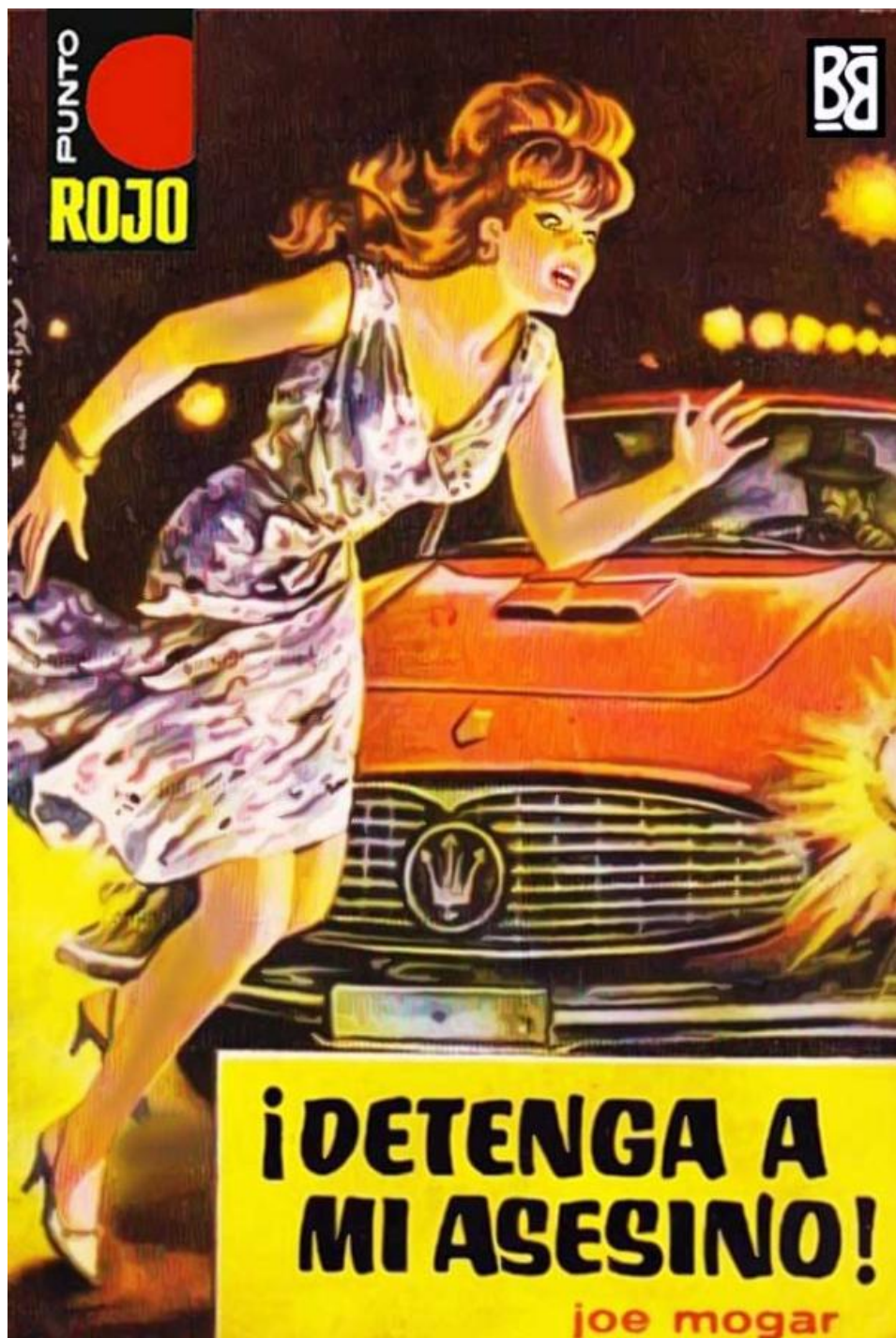


PUNTO

ROJO

B&B



¡DETENGA A MI ASESINO!

joe mogar

¡DETENGA A MI ASESINO!

JE MOGAR

**¡DETENGA A
MI ASESINO!**

Colección PUNTO ROJO n.º 92

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 25.806 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: ENERO - 1964

© JOE MOGAR - 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 6499/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

827 — ¡Saca, Joe!

En Colección BUFALO:

393 — Alias Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

692 — La muchacha de Birmania.

En Colección CALIFORNIA:

345 — Un garito en cuervo.

En Colección TEXAS:

364 — Una cabaña en el lago.

En Colección COLORADO:

319 — Se llamaba Bronco Cassidy.

En Colección KANSAS:

278 — ¡No vuelvas a Cheyenne!

En Colección BRAVO OESTE:

88 — Dos balas de plata.

En Colección PUNTO ROJO:

88 — La araña.

En Colección METRALLA:

10. — Alias: CZ-333.

***¡Detenga
a mi
ASESINO!***

***por
JOE MOGAR***



CAPÍTULO PRIMERO

Eso fue lo que dijo apenas verme:

—¡Detenga a mi asesino, pesquisa! La miré de pies a cabeza.

La volví a mirar de nuevo, y en el acto me dije que si la mujer que ahora estaba frente a mí era un cadáver, me gustaría viajar con ella hasta el propio infierno, y dentro del mismo ataúd.

De nuevo la miré.

Era pelirroja. Pelirroja y muy hermosa. Tan hermosa como yo no había visto a mujer alguna, y con unas piernas, que exhibía desde un par de dedos por encima de la rodilla, capaces de producir un cataclismo en el mismo centro de la California Street de San Francisco.

Y continué mirando.

La frente era amplia y ligeramente abombada. Los ojos grandes, rasgados y sombreados por largas y rizadas pestañas, e intensamente azules.

La boca un poco grande, jugosa, y de labios furiosamente rojos. El mentón redondito y un tanto agresivo.

Acto seguido venía lo demás. Sus morenos y hermosos hombros, casi al descubierto por la ceñida blusa sin mangas con la que apenas si se cubría, y cuyo escote apenas si dejaba nada para la imaginación, donde unos senos audaces y provocativos alentaban suavemente bajo la estrecha cárcel de nylon.

Estrecha la cintura, caderas que envidiaría cualquier estrella de Hollywood, y las piernas perfectas, largas y maravillosas, amén de unos pies pequeños y calzados con zapatos de tacón de no menos de ocho pulgadas.

Al acabar mi examen, sin que ella dejara de notario, señalé una de las butacas que tenía frente a mí, y dije, tal vez un tanto

secamente:

—Siéntese, ¿quiere?

Hizo un mohín delicioso con sus rojos y húmedos labios y replicó:

—Confieso que lo estaba deseando, míster Allan —dijo—. No me gusta que me miren las piernas como usted lo estaba haciendo.

Me dejó helado. Se sentó, y a pesar de lo que acababa de decir, el espectáculo que me ofreció a continuación, cuando cabalgó una sobre la otra, era difícil de definir.

Aparté los ojos cuando me di cuenta que ella me miraba atentamente, y pregunté:

—¿Cuándo la asesinaron a usted, *miss* Farrell?

Cherry Farrell me miró durante unos segundos, luego se retrepó contra el respaldo del sillón en que se sentaba, y aquello fue peor que sus piernas cuando el agitado seno alentó bajo la escotada blusa.

Casi en el acto, como si adivinara lo que yo estaba pensando, replicó:

—Hace dos noches, y frente a la puerta de mi casa. Mejor dicho, frente a la casa de mi abuelo.

Calló y esperé unos cuantos segundos antes de agregar, cuando me di cuenta de que ella ya no diría nada más por el momento:

—¿Y cómo la mataron a usted, *miss* Farrell?

Mi tono, como cosa natural, no era lo serio que debía de ser, ya que ella arrugó su precioso entrecejo y acto seguido replicó:

—Me atropellaron en un coche, al salir de mi casa. Y fue así, aunque usted se burle de mí, míster Allan.

Antes de continuar, debo advertir que Richard Allan era yo.

Un sujeto como hay muchos, amigo de las mujeres, de los dólares (esto segundo, sobre todo), detective privado, lo que equivale en otras palabras a que era amigo de meterme siempre en lo que no importaba, sobre todo si había algunos dólares a ganar, y aquella Venus pelirroja y hermosa cien por cien parecía tenerlos a montones.

Alto, de pelo negro y ojos grises, parezco escapado de un campeonato olímpico, aunque no es verdad. ¡Claro que eso ellas no lo saben! Y dicho sea de paso, tampoco deseo que se lo cuenten. Entre otras cosas, porque no me gustan los chivatos.

Y porque bajo la funda de la axila izquierda reposa un «Colt» calibre 45, lo mismo que las que Billy, «el Niño» usaba en el Oeste, sólo que ésta es automática.

Por lo tanto, como eso son cosas que a nada conducen, continuemos con la pelirroja Cherry Farrell.

Entonces contesté que era lo único que podía hacer por el momento, aunque después puede que llamara a los loqueros. Eso dependía de lo que ella dijera a continuación.

—De acuerdo, *miss Farrell* —expuse luego—. Explíquemelo desde un principio, ¿quiere?

Sin replicar, apartó los ojos de mí y abrió el bolso de mano que llevaba. Entonces me puse en pie, rodeé la mesa y fui a sentarme en uno de los sillones, frente a ella, sin perderla de vista, y lo hice porque desde allí me era más fácil esquivar el cuchillo o el puñal.

Pero la pelirroja no extrajo del bolso nada de esto, ya que su mano apareció poco después armada con el recorte de un periódico, recorte que me entregó de inmediato.

Lo leí lentamente y luego la miré. A ella, y a la exhibición de piernas que me estaba ofreciendo, al parecer, sin darse cuenta de ello.

—Por lo que veo, *miss Farrell* —dije—, aquí, en este recorte, se dice que hace exactamente cuarenta y ocho horas, su doncella, Alice Forrester, fue muerta, víctima de un atropello, cuando salía de su casa, ya que aquel día lo tenía libre, ¿no? Por lo tanto, es a ella a quien mataron y no a usted.

Sus ojos, intensamente azules, se clavaron en los míos durante unos segundos, y luego replicó:

—Sí, eso es lo que dice el recorte, pero el conductor se dio a la fuga sin que hasta ahora la policía haya podido encontrarle. Hasta ahí todo está claro, *míster Allan*. Pero ¿qué me diría si yo le afirmara que la mataron por equivocación? ¿Que el coche iba en busca mía? Por lo tanto, la asesinada soy yo.

Respiré con dificultad. Conté hasta diez y después repliqué:

—¿Y qué motivos tienen para matarla a usted, *miss Farrell*?

—Con seguridad no lo sé. Pero pueden ser tres millones de dólares.

—Sí, pueden serlo —repliqué pensativamente.

Hice una pausa que duró unos cuantos segundos, y acto seguido

añadí:

—¿Por qué no empieza por un principio, *miss Farrell*?

—Sí, creo que será lo mejor.

Calló, me miró pensativamente, y adiviné que estaba tratando de coordinar sus ideas. Repentinamente habló:

—Alice Forrester usaba siempre mi ropa. Era una manía que ya le había costado más de un disgusto, hasta que decidí que era mucho mejor, si no dejarla hacer, si darle o prestarle algunas de mis ropas, sobre todo cuando tenía que salir una tarde o un día de fiesta. Alice era de mi estatura y pelirroja también. La noche en que la atropellaron, iba vestida con uno de mis vestidos, y llevaba encima uno de mis abrigos de entretiempo, ¿comprende?

—Eso también pudo ser un accidente desgraciado, ¿no?

—No, y le diré por qué. Yo tengo la costumbre de pasear todas las noches, cuando no hay algo que me lo impida, como un compromiso u otra cosa cualquiera. Allí por donde voy la iluminación es mala. Pues bien, hace cinco noches, oí el motor de un automóvil, lo mismo que si lo estuvieran calentando, hasta que arrancó. Unos segundos más tarde, el grito de Alice. Corrí y la alcancé. Al preguntarle lo que había ocurrido, me replicó: «Ese coche se me echó encima. Me aparté, pero fue detrás de mí hasta la acera. Creo que el conductor está borracho». Dos noches después, y también llevando puesta parte de mi ropa, Alice moría aplastada bajo las ruedas de un automóvil.

Calló mirándome, como esperando mi respuesta, mientras yo pensaba rápidamente.

Tres millones de dólares eran un buen pellizco y un buen motivo para cometer un asesinato. Si la pelirroja me estaba diciendo la verdad, y por ahora no veía motivo alguno para pensar en lo contrario, tenía que darle la razón.

Pregunté de nuevo:

—Esos tres millones de dólares, ¿son de usted o forman parte de una herencia?

—De una herencia, *míster Allan* —replicó lentamente—. Me explicaré: Mi abuelo, Buck Farrell, es un hombre viejo. Tiene cerca de los ochenta y cinco años y su corazón está bastante débil. El es el dueño de la fortuna. De una fortuna que debo heredar yo, si no muero antes que él, ¿comprende?

—¿Quién la enteró a usted del contenido del testamento, *miss* Farrell? Me miró largamente, estudiándome antes de replicar.

Finalmente lo hizo, y de una manera lenta y metódica, sin alteraciones ni inflexiones de voz:

—El abuelo, míster Allan.

—Entonces sólo tenemos como sospechoso a sus familiares, ¿no es así, *miss* Farrell?

Cherry Farrell permaneció unos segundos silenciosa y luego añadió aún más lentamente, como si le costara un gran esfuerzo el pronunciar las palabras:

—Aunque me duela, creo que es así, míster Allan.

Permanecí en silencio durante unos segundos y a continuación pregunté:

—¿Cuántas personas componen su familia?

—Cinco.

—¿Viven con usted?

—No. De ningún modo.

Mi cabeza empezó a dar vueltas antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Sabe las señas de todos?

—Sólo de cuatro de ellos, míster Allan —replicó.

—Démelas.

—Eso quiere decir que va a hacerse cargo de mi asunto, ¿no?

—Exactamente —repliqué concisamente.

Me dio las señas que ella misma apuntó en un papel.

Depositó el papel encima de la mesa despacho mientras me preguntaba:

—¿Sus honorarios?

Me volví atajándola con un movimiento de mi mano.

—Hablaremos de ello en otro momento, *miss* Farrell —dije.

Se puso en pie y con ello acabó para mí el espectáculo de sus magníficas piernas.

La imité, mirándola de pies a cabeza, pero en forma discreta. Preciosa, fina y elegante.

Una verdadera dama.

—¿Dónde podré verla?

Por primera vez la vi sonreír.

—Si averigua algo, puede hacerlo en mi propia casa.

De nuevo abrió el bolso y de él extrajo una pequeña y elegante tarjeta de visita, que me entregó.

—¿Algo más, míster Allan? —preguntó después.

—Por el momento, no —repliqué—. Pero si necesito algún dato más, me pondré en comunicación con usted.

Sonrió por segunda vez, me acerqué a ella y la tomé por el brazo a la altura del codo.

No protestó, y de esta forma la conduje hacia la puerta que daba acceso a la escalera.

Allí se desprendió suavemente de mi mano y ladeó la cabeza para mirarme.

—Estoy muy asustada, míster Allan —confesó entonces—. Le ruego que haga todo lo posible por descubrir a ese asesino.

La tranquilicé al respecto y me dejó solo.

Cuando la vi desaparecer en el ascensor, di media vuelta y regresé a mi despacho. Me dejé caer sobre uno de los sillones y tomé el papel que me había dado.

Lo estudié. Había que decidirse por uno de ellos y lo hice, pero no lo escogí al azar.

CAPÍTULO II

Belle Casel Farrell, prima segunda de Cherry.

John Madigan Farrell, primo segundo de la susodicha *miss* Cherry Farrell.

Paulina Farrell Handersen, prima segunda, cuyo paradero se ignoraba por el momento. Al parecer, soltera, lo mismo que John Madigan, mientras que Belle Casel era una viudita joven y mal intencionada, según una nota aparte que *miss* Cherry Farrell había escrito a continuación de su nombre.

Dick Bogarde Farrell, también soltero, joven, y que al parecer gozaba de buena posición y de una merecida fama de «gigoló», amén de gustar a toda clase de mujeres, en las diferentes ramas sociales en que está dividido este sucio mundo. Un encanto de muchacho.

Finalmente estaba Jimmy
O'Hara

Farrell, primo segundo, también soltero, y de envidiable reputación de conquistador. Al parecer, su posición era desahogada.

Como he dicho, estudié el papel.

Belle gastaba mucho. Tanto en cosméticos como en otros órdenes materiales. Dicho sea en otras palabras, llevaba un tren de vida exagerado, tal vez muy por encima de sus posibilidades monetarias.

Opté por ella.

Por lo tanto, me puse en pie y me acerqué al teléfono, recordando. Pero ahora no era a Cherry Farrell y a su hermoso cuerpo de sirena, ni a su rizado pelo pelirrojo.

Ni siquiera a Phil Lancaster, y mucho menos a la morena Sheila.

Me estaba acordando de Cass Latimer. Un hombre que murió en

la silla eléctrica por mi causa, y cuyo hermano Paddy estaba cumpliendo condena en Sing-Sing.

¿O la había cumplido ya?

Levanté el auricular, vacilé unos cuantos segundos, hasta que la realidad se impuso a mi fantasía y empecé a discar.

Unos segundos después tenía contacto telefónico con Phil Lancaster. Phil es un chico listo. Algunas veces trabaja para mí. Además de ser un chico listo y de trabajar para mí, Phil es mi amigo entre otras cosas.

Un buen amigo como dirían muchos. Un amigo como no hay dos y que tiene por hermana a un bombón de diecinueve años llamada Sheila (como no hay dos), que dicho sea de paso, es mi pesadilla nocturna y diurna.

—Hola, Phil, ¿qué tal va eso?

Según costumbre, Phil lanzó un gruñido, un tanto parecido al de un cerdo, después saludó, y acto seguido, también por costumbre, soltó la pregunta:

—¿Qué ocurre esta vez, Richard? Hice una pausa.

Pensaba antes de replicar:

—Entre tus muchas amistades, entre tus muchas reuniones de la alta sociedad, ¿has conocido o conoces a una tal Belle Casel?

Phil soltó un estridente silbido y después dio la respuesta.

—¡Cuernos, Richard! ¡No me dirás que ahora apuntas ahí! ¿Verdad? No quise aclarárselo e insistí:

—La conoces, ¿no? ¿Qué hay de ella?

—Es una viuda bastante alegre, sin que eso sea recordar ninguna película, Richard. Rubia, elegante, fina, caminando, si me entiendes, como una ninfa desnuda, y con más concha que un galápago, si me entiendes también.

—¿Qué lugares frecuenta?

—Cualquiera donde pueda encontrar un hombre de su agrado, ¿entiendes? Pero, en fin, muchacho, la que mejor puede informarte de esto es Sheila. Ella te dirá con toda seguridad en qué local elegante de Argüello Boulevard la puedes encontrar.

Pensé rápidamente.

Podía preguntar a Sheila por lo que me interesaba. Seguro que si lo sabía me lo diría, pero también añadiría algunas cosas más de su

cosecha personal, y todas en contra mía.

Me resigné, no obstante. Los negocios son los negocios.

—De acuerdo, Phil, le preguntaré a ella.

—Oye, Richard. ¿Es que ocurre al...?

Colgué antes de que terminara, sabiendo que de lo contrario, añadiría a aquella pregunta unas cuantas más.

De nuevo fui al sillón, donde me dejé caer, pero fue por poco tiempo. Segundos tal vez, ya que me levanté casi de inmediato, rodeé la mesa, abrí el cajón central de la misma y de él extraje la botella de *whisky*.

Bebí un trago. Después otro, y luego un tercero.

Entonces me puse en pie, fui al teléfono, y empecé a discar el número de Sheila. Estaba allí.

—Hola, golfo —saludó después del mío—. ¿Qué quieres ahora de la pobre Sheila? Apuesto a que no me llamas para decirme que al fin te has decidido a casarte conmigo, ¿verdad?

Con el pensamiento lancé una maldición, y luego repliqué:

—Todo llegará, preciosa. Pero llevas razón. No es por eso para lo que te he llamado.

—¡Ya decía yo! Bueno, ¿qué quieres de mí?

Estuve por decirle que muchas cosas, pero me lo callé sabiendo que aquello no haría sino complicar la situación.

—Se trata de una tal Bella Casel, monina. ¿La conoces?

Claramente noté cómo de golpe soltaba la respiración que debió de contener cuando formulé mi pregunta, y acto seguido replicó:

—¡Pero, Richard, querido! ¡Tú eres un cínico! ¿No te da vergüenza preguntarme por otra mujer sabiendo que llevo días detrás tuyo y sin poderte ver?

—Asunto de negocios, monina —repliqué un tanto secamente—. Ahora dime si quieres contestarme o no.

Soltó una risita que a mí me puso los nervios de punta y luego replicó:

—Está bien, querido, te ayudaré. ¿Qué quieres saber de la bella y hermosa Belle Casel?

¿Cuántos amantes tiene? ¿Cuál es su cuenta corriente? ¿Cuál su futuro marido, o simplemente...?

—¡Basta, preciosa! —estallé sin poderme contener por más tiempo—. Lo que quiero saber es qué club frecuenta más a menudo.

Deseo conocerla y hablar con ella. Eso es todo.

Al acabar de hablar, Sheila rió, y a mí me dieron ganas de tomar su bella y delicada garganta con mis manos y estrangularla. Pero estaba demasiado lejos para ello.

Después replicó:

—El «California Club» es su preferido, Richard. Suele estar en él desde las nueve o las diez de la noche hasta las tantas de la madrugada, si no encuentra a un tipo tan imbécil como tú, y se la lleva por ahí. Comprende que alguien tiene que pagar su apartamento, ¿no?

No repliqué a aquello. No merecía la pena. Fui a contestar, pero ella añadió en aquel momento:

—Voy a describirtela, querido. Belle es rubia y muy hermosa. Viuda y deseando pescar un nuevo marido que le sufrague los gastos. Por lo tanto, ten cuidado con ella si no quieres que te saque los ojos la próxima vez que nos veamos.

A continuación detalló lo que yo ya sabía por mediación de su hermano Phil, y acto seguido añadió:

—No tienes más que hacerle una seña para que acuda a tu lado, Richard. Tú eres un hombre que tiene partido con cierta clase de mujeres, y Belle Casel es una de ellas. Es una lagarta de vuelos largos, ¿comprendes, que...?

La atajé en seco.

—¿Eres tú también de esa clase, Sheila, ricura?

Colgó bastante antes de que lograra terminar la frase, y acto seguido lo hice yo riendo.

Después fui a por la botella. Bebí un trago, encendí un cigarrillo, y empecé a meditar sobre todo aquello.

Pero la figura deliciosa de la pelirroja Cherry Farrell, el recuerdo de sus piernas de ensueño, ofuscaban mis ideas, por lo que opté por dar absoluta libertad a mis pensamientos, hasta que acabé con ellos.

Entonces, más tranquilo ya, recordé a la doncella Alice Forrester. Una muchacha que había muerto, al parecer, por el único delito, de parecerse a su señora, y usar su ropa de vez en cuando.

«Detenga a mi asesino». Eso es lo que había dicho ella apenas entrar en mi despacho, y no le faltaba razón, ya que Cherry estaba viva por un milagro.

Cuatro parientes que parecían disfrutar de buena posición, y una

viudita un tanto alegre, deseosa de casarse de nuevo, ligera de cascos, y que gastaba sin tasa.

Los cinco podían estar en el mismo caso. Tres millones de dólares son siempre tres millones, y tres millones son, a su vez, una tentación.

Tendría que averiguar de un modo u otro cuáles eran los ingresos y los gastos de los cinco, contando, claro está, con que lograra dar con el paradero de Paulina Farrell.

Consulté el reloj. La una de la tarde.

Me puse en pie, cerré la puerta del despacho y salí a la calle recto hacia el garaje donde guardaba mi coche, un «Alfa Romeo» de importación, el único lujo verdaderamente importante que podía permitirme.

Conduje hacia Park Presidio Drive y en el restaurante de Harry Prescoe hice la comida del mediodía. Luego estuve un par de horas charlando con él, y, finalmente, sobre las cinco y media de la tarde, cansado de deambular de un lado para otro, dando tiempo a que dieran las nueve de la noche, me encaminé a mi apartamento.

Tenía que cambiarme de ropa, examinar el «Colt», ordenar algunas cosas, y hecho esto, encaminarme directamente al «California Club» para conocer a una mujer rubia, cuyo único interés, por el momento, parecía ser la caza de un nuevo marido.

Subí en el ascensor, introduje la llave en la cerradura, la hice girar, abrí la puerta y entré.

El teléfono estaba sonando.

Cerré a mi espalda y fui al «living», con el pensamiento puesto en Sheila. Tal vez la bella y juvenil sirena hermana de Phil deseara decirme unas cuantas cosas más por teléfono, y todas ellas desagradables.

Levanté el auricular.

No era Sheila, a no ser que hubiera enronquecido de una manera hartamente notable. Lo mismo que si se hubiera tragado la raspa de un pescado y la tuviera pegada a la garganta, o, en su defecto, lo mismo que si padeciera de anginas crónicas, o hubiera comido hierro mohoso.

—¿Allan, el fisgón?

Fruncí el ceño y estuve a punto de soltar algo gordo, pero me lo contuve, recordando a punto que a mí siempre me han gustado toda

clase de llamadas anónimas.

—Yo soy —repliqué, tragándome lo que verdaderamente pensaba.

—Tengo que darle una información, amigo —dijo—. Pero cuesta algunos dólares.

—Tengo cien —repliqué de inmediato.

—¡Un cuerno, pesquisa! Tendrán que ser quinientos.

—Será para usted, ¿no?

—Y para usted también. Por lo tanto, llévelos al 578 de Market Street.

—Eso está cerca del Chinatown, ¿no?

—Sí. Llévelos esta misma noche antes de las once y media, pesquisa, o no habrá información.

—Pero...

—Antes de las once y media, en el 578 de Market Street, fisgón. Y cortó antes de que pudiera replicarle.

CAPÍTULO III

¿Una información? ¿De qué y por qué?

Con el ceño fruncido atravesé el «*living*» y me encaminé al cuarto de baño, donde me desvestí. Mientras me duchaba, no dejé de pensar en aquello ni un solo segundo.

Alguien, una voz ronca, quería venderme una información. Al parecer, tan importante como para valer quinientos dólares.

¿Una trampa?

Tampoco era lógico, a no ser que alguien hubiera seguido a la bella Cherry Farrell hasta mi agencia, y atando cabos hubiera averiguado lo que de mí deseaba la pelirroja heredera.

En ese caso, lo mejor que podía hacer (para él, claro), era eliminarme rápidamente del mundo de los vivos, aunque para mí no estuviera tan claro ni mucho menos.

Después de la ducha me vestí, comprobé la carga de la «Colt», la coloqué en la funda de la axila y me miré en el espejo. El bulto de la pesada automática no se notaba ni aun fijándose bien.

A las ocho y media, sin que Sheila se hubiera dignado telefonarme, aunque no hubiera sido nada más que para dirigirme insultos, abandoné el apartamento, empuñé el volante, y sin dejar de pensar en aquella misteriosa cita de las once y treinta de la noche, conduje lentamente hacia Argüello Boulevard, donde llegué a las nueve y tres minutos.

Aparqué en la playa de estacionamiento, crucé la calle y penetré en el club. Casi en el acto tuve a mi lado a uno de los uniformados y obsequiosos *barmen*.

—¿Desea una mesa? ¿Viene acompañado? Le atajé con un ademán y repliqué:

—Vengo solo, pero espero a una gran amiga mía. *Mistress Belle*

Casel. ¿Ha venido ya?

—No, aún no. ¿Quiere que la avise de su presencia?

De nuevo vaciló para que yo le diera mi nombre, pero tampoco lo hice esta vez.

—No. No se preocupe por eso. Pero puede conducirme a una mesa discreta. Tan pronto como ella venga la llamaré. Gracias.

Sin replicar, me condujo a uno de los rincones, tenuemente alumbrado, y desde el cual se podía ver la puerta de la calle, la circular y encerada pista de baile, y casi el total del amplio local.

—¿Va a tomar algo? —preguntó una vez me hube sentado. Pedí un martini seco y esperé.

El diligente barman me lo sirvió mucho antes de que Belle hiciera su aparición por la puerta.

La conocí al instante, y eso que no la había visto nunca. Era tal y como me había dicho Phil, y después Sheila.

Alta y rubia. Muy hermosa. Con una carrocería capaz de tumbar de espaldas a cualquiera, y unas piernas de campeonato, que mostraba desde la misma rodilla hasta los diminutos pies calzados con zapatos de más de ocho pulgadas de tacón...

Caminaba...

Bueno, como me habían dicho. Lo que llevaba puesto parecía no existir para nadie de los que la miraban, que eran muchos.

Sus movimientos resultaban cadenciosos y felinos, llenos de un pícaro encanto. Llenos de fuego, aunque al parecer ella no hacía nada para provocarlo.

Avanzó hacia la barra y se sentó en uno de los altos taburetes mientras yo me levantaba de la mesa y la seguía.

Al punto vi sus puntillas de negro encaje y el bien relleno nylon de sus piernas, casi en su totalidad.

Me encaramé en el taburete que había a su lado.

—*Whisky* —pedí antes de que el barman que había detrás de la pulida barra pudiera preguntarme algo—. Pero sirva primero a la dama.

Ladeó su linda cabeza y me miró. Entonces me encontré bañado por la extraña luminosidad de sus grandes y rasgados ojos verdes.

Sonrió.

Sus labios eran rojos, furiosamente rojos e incitantes. Furiosamente incitantes, y su dentadura pequeña y perfecta.

—Gracias...

—Richard Allan —repliqué, entendiendo debidamente su pausa.

De nuevo me dedicó una hechicera sonrisa, mientras el barman acababa de servirnos.

—Gracias, Richard —replicó de inmediato—. Puede llamarme Belle. Ése es mi nombre.

Belle Casel.

Sonreí para mis adentros dándole la razón a Sheila. Por lo tanto, buceé rápidamente, lanzándome a fondo.

—La vi entrar, Belle. Estaba sentado a una mesa de un rincón, más aburrido que una ostra, si las ostras se aburren. Entonces me dije: «He ahí una mujer como no has visto dos, Richard. ¿Por qué no te acercas a ver si desea bailar?».».

Su argentina y discreta carcajada me produjo cosquillas en la nuca. Su respuesta también.

—Muy vulgar pero delicioso, Richard. ¿Bailar? Hoy no, y lo siento. Me gusta usted, Richard, pero hay otro antes. No tardarán en venir. —Hizo un delicioso mohín con los labios y añadió—: ¿Por qué no me telefonea a casa cualquier día de éstos y concertamos una cita?

Su sonrisa, su voz, su invitación eran maravillosas, pero a mí me planchó.

Estaba esperando a un amigo y yo no debía perder tiempo. No debía ni podía. Pero tampoco me era factible otra cosa, sino esperar.

—De acuerdo, preciosa —dije sonriendo a mi vez, aunque maldita las ganas que tenía de hacerlo—. La llamaré mañana mismo. Deme su teléfono.

Pero no pudo hacerlo. Repentinamente oímos a nuestra espalda:

—Buenas noches, querida. Lamento haberte hecho esperar, pero he tenido que resolver un asunto antes de poder venir.

Ella se volvió con una maravillosa sonrisa en los labios.

—Estás perdonado, Horacio.

Saltó del taburete y hube de cerrar los ojos. Cuando los abrí, la lagarta de Belle Casel se alejaba del brazo con el hombre, hacia la pista de baile.

Unos segundos después, ambos danzaban estrechamente unidos.

Giré dando cara a la barra. Tomé el *whisky* y bebí lentamente.

Pensando.

Abandoné la barra, después de pagar, y fui a la cabina telefónica. Dentro de la misma consulté el reloj. Las diez.

Había tiempo de sobra. Disqué.

Tres segundos más tarde, Phil estaba al otro lado del hilo telefónico.

—¿Eres tú? Oye, ¿cuándo diablos me vas a dejar tranquilo? Tengo aquí a una more...

—¡Lárgala y escucha, Phil! —atajé en seco, sabiendo el cuento que iba a endosarme—. Abordé a la Casel. Es asequible tal y como me dijiste. Pero llegó un fulano y se la llevó. Ahora es cuando vas a entrar tú en el asunto.

—¿Quieres que asesine al tipo para que te deje el campo libre, Richard?

—Quiero... ¡un cuerno! —repliqué—. Bueno, Phil, escucha, que no es cosa de broma. Apáñatelas como puedas, pero para mañana a mediodía necesito saber cuál es el estado bancario de Belle Casel. Ingresos y gastos. Eso es todo por el momento.

—¡Diablos, Phil! ¿Quieres decirme qué infiernos ocurre con esa hermosa viudita?

—Pregúntaselo a Sheila. Puede que ella te lo diga.

Colgué antes de que me pudiera contestar, y abandoné la barra. Belle ya no estaba bailando. Ahora se encontraba sentada en una de las mesas, cerca de la pista de baile, con sus manos entre las de su galán de tumo.

¿O tal vez no lo era?

Sin saber por qué me había formulado la pregunta, me encaminé nuevamente a la barra y pedí otro *whisky*.

Pensaba en una pelirroja llamada Cherry Farrell, y en una morena llamada Sheila, esta última hermana de un amigo mío, lo que era una verdadera lástima, ya que Sheila y sus diecinueve años solían tener ideas propias acerca de cómo debe hacerse el amor en el siglo Veinte, aunque según mi opinión al respecto, aquéllas más bien podrían tratarse de una continuación inédita de las que emplearon nuestros ilustres antepasados los trogloditas.

Pero eso no venía al caso, por el momento. El momento me pedía consultar el reloj. Las diez y treinta y cinco.

Pagué el segundo *whisky*, abandoné el taburete y me encaminé

hacia la puerta de la calle, no sin antes lanzar una mirada de soslayo a Belle, ahora entusiasmada con los labios de su acompañante. ¿O era él el que estaba entusiasmado con los de ella?

La respuesta parecía difícil, por lo que opté por continuar hacia la puerta sin pensar un solo segundo más en lo que dejaba a mi espalda.

Frente a mí estaba el coche, más allá Market Street, y en él, el número 578, donde «Voz Ronca» me estaba esperando.

Empuñé el volante después de palpar la culata del «Colt» y encender a continuación un cigarrillo, y enfilé Arguello Boulevard, buscando una bocacalle que me condujera hacia el Chinatown.

Después, sorteando el tráfico, me dirigí hacia allí lo más rápidamente posible sabiendo que tenía el tiempo justo.

Al fin lo conseguí.

El 578 de Market Street.

Pero me llevé una sorpresa, ya que no era una casa de apartamentos como pensé en un principio. El 578 era un bar. Un tugurio de mala muerte. A pesar de ello entré mirando a todos lados, y con el pensamiento en el «Colt» que debí pasar al bolsillo de la chaqueta. Al entrar yo, vi a un grupo de cuatro hombres que jugaban con un mazo de naipes. Los naipes y apuestas desaparecieron en un quinto de segundo. Luego se hizo el silencio mientras las miradas convergían en mí.

Había mujeres.

Algunas no estaban mal. Detrás de la barra, el tipo más sucio y grasiento que yo había visto en mi vida.

Me acerqué a la misma.

—*Whisky* —pedí.

Lanzó un gruñido y empezó a servírmelo.

El silencio persistía cuando me encaramé a uno de los taburetes. «Voz Ronca» se presentaría a mí. Eso era indudable. Por otra parte, yo no podía preguntar por él, ya que no sabía quién era, y mucho menos su nombre.

Tomé el vaso, me tragué las náuseas que sentía y bebí un ligero trago. El infame licor que allí se vendía estuvo a punto de hacerme toser, pero logré contenerme.

Las miradas eran cada vez más duras. El ambiente se caldeaba. Las mujeres continuaban en silencio, lo mismo que los hombres,

pero con los ojos vueltos hacia mí.

Las miré a mi vez, y súbitamente me decidí, sabiendo que era lo mejor que podía hacer en un lugar como aquél. «Voz Ronca» ya daría la señal cuando a él le conviniera.

Al fondo, junto a dos mujeres más, había una tercera que de inmediato me llamó la atención. Era joven. Apenas los veinticinco años. Tenía buenas piernas y buena fachada.

Extendí la mano y curvé el dedo en señal de llamada. Las tres se consultaron con la mirada. Luego ella se levantó y con pasos cadenciosos vino a mi lado.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz lo suficientemente alta como para que la oyeran todos.

Fingí asombrarme.

—¡Cuernos! —repliqué—. Que te sientes aquí, a mi lado. Quiero invitarte. Es decir, si tú aceptas.

—Si no es nada más que eso...

Sonrió mientras se encaramaba al taburete.

Sus piernas, que antes me parecieron buenas, ahora fueron inmejorables.

—¿Qué vas a tomar, encanto? —pregunté.

—Lo mismo que tú. *Whisky*.

Se lo sirvieron. Entonces ella preguntó:

—¿Qué buscas aquí?

Abrí mucho los ojos. Por lo menos eso fue lo que intenté.

—¿Buscar? —pregunté a mi vez—. Nada, hasta el momento en que te he visto. Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar. Eso es todo, ricura.

Las miradas y los oídos continuaban pendientes de los dos. Ella, sin replicar, bebió un poco.

Mientras lo hacía, pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Ada. Ada Cummins.

Era un nombre como otro cualquiera. Pensando en esto, consulté el reloj de pulsera. Las doce.

«Voz Ronca» no se había presentado a la cita. ¿Por qué?

Miré a la muchacha. Ella me estaba mirando a mí con sus grandes y tristes ojos grises. Sonreí.

—¿Nos vamos, preciosa? —pregunté. Se le iluminó el semblante.

—Sí. ¿Por qué no?

Bebió el infame *whisky* de un trago y saltó del taburete con una exhibición de magníficas piernas. Pagué y eché tras ella.

Nadie se movió, pero en mi nuca noté las saetas de sus miradas hasta que alcancé la calle.

La tomé del brazo.

—Vamos, Ada —dije. Me miró con estupor.

—¿Dónde me llevas?

La comprendí sin necesidad de más palabras.

—Vamos a dar un paseo por lo pronto, preciosa... —dije.

Se dejó conducir sin protestar, y frente a mi coche noté como su estupor crecía en un segundo, y como luego me miraba con miedo.

—Vamos, sube y no temas, preciosa —dije.

Lo hizo sin replicar y noté que estaba, temblando. Me acomodé a su lado, frente al volante y embragué. El coche se puso lentamente en marcha.

CAPÍTULO IV

Detuve el coche media hora más tarde sin que Ada hubiera pronunciado palabra alguna.

Entonces la enfrenté. En sus ojos había un oscuro temor y estaba nerviosa. Preguntó mucho antes de que yo hubiera ensayado una frase:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

La pregunta en sí me extrañó un poco. Ensayé una sonrisa para tranquilizarla y repliqué:

—¿Qué importa eso, preciosa? —Hice una pausa y añadí—: Lo que te dije allí era verdad, aunque sólo en parte. Ahora desearía hacerte una pregunta.

Se puso en guardia. Lo vi en el acto, pero no hice caso. Continué sonriendo y después dije:

—Entré en aquel bar buscando a un tipo. Un tipo que tenía una cita conmigo y que no se presentó. Tal vez tú me puedas decir quién es. Pagaré lo que me pidas por el informe, monada.

Frunció el ceño.

—Conozco a muchos tipos. ¿Cómo era ése? Pensé durante unos segundos.

—No lo sé. El tipo me citó por teléfono, preciosa. Tenía la voz ronca. Como si tuviera la garganta llena de clavos oxidados. ¿Conoces a alguno así?

Estudí su rostro atentamente, pero éste nada me dijo. No así sus ojos, que continuaban reflejando un oculto temor. ¿Por qué?

Deseché la pregunta por inoportuna y esperé su respuesta, que no tardó en llegar.

—No, no conozco a ningún tipo con la voz ronca. Por lo menos, desde que frecuento ese bar, y de ello hace bastante tiempo. No he

visto a nadie así.

La miré largamente. Su respuesta no me sorprendía en modo alguno. La esperaba. Pero no podía adivinar si estaba diciendo la verdad o no. Pensando en esto, di el encendido, embragué, y luego maniobré lentamente para dar la vuelta.

—Es una lástima, preciosa —dije unos cuantos minutos después—. Me hubiera gustado localizar al tipo, y tú te hubieras podido ganar un montoncito de dólares. ¿Por qué no fuerzas un poco la memoria, encanto?

No vaciló en replicar:

—No puedo hacer nada, compañero, ya que te he dicho la verdad. Callamos.

Y en silencio alcanzamos Skyline Boulevard, cerca del zoo. Entonces fue cuando ella habló.

—¿Puedes dejarme aquí? —preguntó.

Arrimé el coche al bordillo de la acera y lo detuve. Me volví a mirarla. Hecho esto, extraje la cartera y de ella un billete de cien dólares.

Se lo di.

Tímidamente alargó la mano y lo tomó entre sus dedos finos y largos con las uñas pintadas con laca roja, barata.

—¿Por qué esto? —preguntó.

—Por haberte hecho perder el tiempo y para bombones, monina —repliqué.

Me miró fijamente y tal vez durante un largo minuto permaneció completamente inmóvil sin apartar sus ojos de los míos. Luego llevó la mano al escote y guardó el billete entre los senos.

Abrí la portezuela mirándola pensativamente, y Ada descendió del coche sin pronunciar palabra. En la acera se volvió para mirarme, me lanzó un beso con la punta de los dedos y se alejó lentamente.

Puse el coche en marcha.

Había tenido mala suerte. La noche se había presentado de mala manera. Belle Casel había tenido una cita haciéndome fracasar, por el momento. «Voz Ronca» tampoco había acudido al Chinatown.

¿Por qué?

Rápidamente conduje hasta mi apartamento. Dejé el coche en el garaje y subí a prepararme una cena en frío, sacándola de lo que

había en el frigorífico.

Consulté el reloj. Las doce y cuarenta y cinco. Una buena hora para dormir.

Por lo tanto, me puse en pie y caminé hacia mi dormitorio. Llegaba a él cuando repiqueteó el zumbador de la puerta de la calle.

Mascullé una imprecación, y luego, con la mano cerca de la solapa izquierda, fui hasta la puerta y la abrí.

La mujer era hermosa, aunque su hermosura estaba un tanto ajada. El vestido que llevaba y que cubría sus provocativas curvas debió pertenecer tiempo atrás a una hermana más pequeña.

Por lo tanto, le faltaba tela en algunas partes. En las esenciales. Adiviné de inmediato, y mientras me miraba en sus profundos ojos negros, que aparte del vestido, muy poca ropa más llevaba debajo.

Iba sin medias. Las piernas eran bonitas, hasta que me di cuenta de que sus huesudos tobillos las arruinaban completamente.

Casi en el acto habló:

—¿Míster Richard Allan? Sí, ¿verdad? Por favor, déjeme pasar. Me hice a un lado, pasó y cerró la puerta.

Me volví encarándola. Me estaba mirando. Y se sentía nerviosa. Sus manos parecían querer destrozar la correílla del bolso que llevaba.

—Vamos —dije—. Venga conmigo.

La llevé al «*living*» sumamente intrigado, ya que en el tiempo que llevaba en la profesión, ninguna mujer había venido a visitarme a mi propio apartamento a la una de la madrugada.

—Siéntese —dije.

Lo hizo, y durante unos segundos me dio la impresión de que no sabía lo que hacer con el bolso, mientras que sus rojos labios sensuales ensayaban una sonrisa, que le salió tan nerviosa como todo su aspecto.

—¿Qué le ocurre a usted? —pregunté, no sabiendo por dónde empezar.

Respingó sobre el sillón como si repentinamente le hubieran brotado alfileres en el fondo, y a continuación exclamó:

—Estoy en peligro, míster Allan. Quieren matarme. Me han amenazado de muerte.

Hoy...

—Vamos, siga y no tenga miedo. Aquí nadie podrá hacerle nada.

Vaciló mirando a todos lados, como si el fantasma de la muerte fuera a aparecer de un momento a otro y dentro de mi propio apartamento.

Luego clavó sus ojos en mí y pidió:

—Deme un cigarrillo, por favor.

Extraje la pitillera, encendí dos y le di uno.

Se lo llevó a la boca con ademán nervioso, fumando en silencio durante unos cuantos segundos.

La apremié.

—¿Quién desea matarla a usted?

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. La morena respingó nuevamente sobre el sillón.

—El teléfono, ricura —dije—. Un invento nuevo.

De inmediato me volví hacia él y tomé el auricular. Lo levanté.

—¡Oiga!... ¡Diga!...

No pude escuchar la respuesta. Algo estalló contra mi cabeza. Solté el auricular e intenté girar sabiendo, intuyendo que era la morena la que me estaba golpeando en medio del cráneo.

No completé el giro. Aquel algo se abatió de nuevo sobre mí, y enterré la cara en el piso del «*living*». Por lo menos esto es lo que creo que ocurrió, ya que cuando desperté de mi forzado desmayo, estaba completamente tendido en el suelo, junto al sola.

Las luces del «*living*» continuaban encendidas. Eso fue lo primero que noté, a pesar del dolor que sentía en la cabeza. Vacío, en el más completo orden.

Me arrastré por el suelo antes de lograr ponerme en pie. Al fin lo hice apoyándome en el sofá, y de nuevo miré en torno. Pensaba en la morena, y al hacerlo me dolía la cabeza, aunque no precisamente por los golpes que me había dado.

No lograba alcanzar el significado de ellos. Indudablemente había venido a mi apartamento con un fin premeditado. Alguien llamó por teléfono y ella aprovechó la coyuntura que se le presentaba y me golpeó haciéndome perder el sentido.

¿Qué buscaba? ¿Por qué lo hizo?

Incapaz de contestarme a estas dos preguntas, me acerqué al frigorífico después de pasar por el mueble bar y me preparé un *whisky*. Llevaba el vaso a los labios, pensando una vez más en la visita de la morena, cuando me di cuenta de que la puerta de mi

dormitorio estaba abierta y la luz encendida.

Dejé el vaso encima de la mesa y fui hacia allí, pensando que tal vez la morena esperaba encontrar dentro del dormitorio lo que indudablemente no había encontrado en el «*living*».

No me equivoqué.

Apenas lanzar una mirada al interior, desde el umbral de la misma, supe que la morena había encontrado en el dormitorio exactamente lo que no encontró en el resto del apartamento.

Porque la morena estaba allí, esparrada encima de la cama, con las ropas violentamente desgarradas, y completamente muerta. Aún llevaba en el cuello la media que sirvió para matarla.

La otra la tenía puesta hasta un poco más arriba de la rodilla. El asesino las había traído consigo, ya que cuando ella llegó a mi apartamento, tenía las piernas completamente desnudas.

Me quedé perplejo. ¿Quién deseaba que yo me tostara en la silla eléctrica?

Me hice la pregunta cuando la examiné atentamente. El asesino había hecho las cosas bien, ya que ella presentaba todo el aspecto de haber luchado bravamente antes de que le anudaran la media en torno a su delicado cuello.

Sin dejar de pensar abandoné el dormitorio. En el «*living*» bebí el *whisky* de un trago y miré en torno.



Tenía que deshacerme del cadáver de un modo u otro, y tenía que darme prisa en hacerlo.

Consulté el reloj.

La una y quince minutos de la madrugada. Había dormido poco. Pero lo bastante para que de un momento a otro se presentara la policía en el apartamento.

El tipo que había hecho aquello no dejaría las cosas al azar. Bastaba una simple llamada al precinto próximo, diciendo que algo grave ocurría en el 898 de Golden Gate Bridge, para que la policía se presentara rápida mente allí.

Y se daba el caso de que el 898 de Golden Gate Bridge correspondía a mi apartamento.

Por lo tanto, me encaminé al «living». Rápidamente empecé a hacer desaparecer todo lo que indicara la presencia de la morena.

Terminaba ya cuando de nuevo el zumbador de la puerta de la calle se dejó oír. Envaré todos los músculos y extraje el «Colt» de la funda axilar. La pasé al bolsillo de la americana y sin soltarla me encaminé a la puerta.

El timbre volvió a sonar.

No era la policía. La policía no llamaría de aquel modo. ¿Quién, pues?

Me acerqué lentamente y pegué el ojo al visor. El que llamaba había puesto la mano sobre el mismo y era imposible mirar a través de él.

Abrí la puerta.

No era la policía. Era Sheila.

Maldije entre dientes, pero ella no me dio tiempo a más. Cayó sobre mí, enlazándome los brazos al cuello y perdí la noción de todo cuando aplastó sus labios sobre los míos.

Luego la aparté de mis brazos casi con violencia.

CAPÍTULO V

—¡Richard! —exclamó de inmediato—. ¿Cuándo me vas a tratar como a una mujer? Ya no soy una niña, ¿sabes?

No, no lo era. El blanco vestido que llevaba bajo el abrigo de entretiempo decía bien a las claras que Sheila Lancaster se había convertido en una mujer.

En toda una mujer de diecinueve años, de rizado cabello negro, cortó, grandes y rasgados ojos pardos, brillantes, boca de labios gruesos y húmedos, cuello blando de cisne, seno alto y audaz, estrecha cintura, y piernas largas, bien torneadas. Piernas, en fin, que envidiaría cualquier mujer.

Una jovencita con una carrocería de espanto.

—Ya lo he visto, ricura —dije, secamente—. Por lo tanto, puedes marcharte. Estoy ocupado ahora. Y por si fuera poco, tengo un sueño que no me aguanto.

Me miró con sus grandes ojos muy abiertos.

—Pero, Richard —replicó—. ¡Eres el colmo, por lo desvergonzado! ¿Te parece bonito? De manera que me invitan a una fiesta, voy a ella, me escapo para poder venir a verte y encima me recibes así. Eres... eres un... un bruto...

En el acto la tuve de nuevo entre mis brazos. Luché por apartarla de mí, por no besar aquellos labios que estaban sobre los míos, pero no pude.

La enlacé por la cintura y correspondí a la caricia una y otra vez, hasta que el recuerdo de Phil me golpeó la mente, unido a la morena que yacía espantada encima de mi cama.

Aparté a Sheila de un empujón, luchando por recobrar el aliento, sin querer mirar sus agitados senos, so pena de perder de nuevo la cabeza.

Lo recuperé antes que ella y, por lo tanto, hablé primero, señalando la puerta, pensando en la policía que no tardaría en llegar.

—Ahora que lo has conseguido, monina, ya te estás largando, ¿entiendes?

No lo entendía, la expresión de sus ojos me lo estaba diciendo con perfecta claridad.

—Pero...

—¡Lárgate de una vez, preciosa! —interrumpí, secamente—. Ya te he dicho que tengo sueño.

—Y yo también —replicó con absoluto desparpajo—. Por lo tanto, puedes brindarme acomodo, ¿no?

—Te he dicho que te largues, preciosa. Si no lo haces, no tendré más remedio que echarte yo.

Abrió aún más sus lindos ojos, vaciló, fue a dar media vuelta sin decir palabra, y entonces reparó en la luz encendida de mi dormitorio.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Y qué callado te lo tenías!

Luego, y antes de que yo pudiera darme cuenta de cuál iba a ser su siguiente acto, Sheila pasó por mi lado como un huracán. Intenté detenerla, pero no pude hacerlo.

—¡No! ¡No entres ahí, Sheila! No hizo caso.

Por lo tanto, llegó a la puerta, y en el acto se detuvo en seco. Vi como inmediatamente después llevaba las manos a sus pujantes senos y soltaba una tenue exclamación.

Entonces avancé hacia ella, temeroso de que cayera al suelo de un momento a otro. Pero no fue así. Sheila se volvió a mirarme mucho antes de que llegara a su lado, y me enfrenté abiertamente con sus grandes y hermosos ojos, ahora acusadores.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Hasta que la mirada de sus ojos me hizo reaccionar.

—No la he matado yo, Sheila. Por lo tanto, te pido que te vayas, ya que no quiero mezclarte en esto.

No replicó a aquello, pero sí hizo una pregunta.

—¿Cómo fue, Richard?

—Te he dicho que no fui.

—Lo sé —me atajó—. Pero ¿cómo ha ocurrido?

—Verás, esa chica se presentó...

Rápidamente le conté todo lo ocurrido, junto a mis sospechas sobre la inmediata aparición en escena de la policía.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —preguntó así que hube acabado con la explicación.

—Deshacerme del cadáver ahora mismo. Cuando llegue la policía, que no tardará, el apartamento tiene que estar completamente limpio, si comprendes lo que te quiero, decir.

Estaba un tanto pálida, pero replicó con voz entera:

—Te ayudaré, Richard.

Me quedé de una pieza, y dije cuando pude reaccionar:

—Lo que vas a hacer es largarte de una vez, monina.

—Ni lo sueñes. Anda, empieza por decirme lo que debo hacer.

—Irte de aquí...

Se dejó caer sobre uno de los sillones, levantó una pierna y la cabalgó sobre la otra.

—Estoy esperando, Richard —dijo tranquilamente.

Mi voz fue ronca cuando repliqué, y no por el espectáculo que ofrecía la desconocida morena asesinada en la cama, sino por la profusa exhibición de piernas que Sheila me estaba dando.

—De acuerdo, preciosa —dije sabiendo que no podía hacer otra cosa—. ¿Tienes ahí tu coche? El mío está en el garaje y perderíamos mucho tiempo en ir a...

Se puso en pie, interrumpiéndome.

—Está abajo —dijo.

—De acuerdo. Lo usaremos. Ahora, si no tienes miedo, ven conmigo.

Me miró completamente ofendida por mis palabras y en silencio me siguió hasta el dormitorio.

Allí le ordené que buscara el bolso de la morena. Estaba bajo la cama, y Sheila lo tomó. Luego, entre los dos, empezamos a borrar toda clase de huellas.

Tres minutos después tomé a la desconocida entre mis brazos y me la cargué al hombro. Salimos del dormitorio. En el «living» indiqué a Sheila que tomara el vaso donde yo había bebido *whisky* y que lo introdujera en mi bolsillo.

Lo hizo así, siempre en silencio. A continuación avanzamos hacia la puerta. Uno de los zapatos de la morena trazó un surco en la alfombra.

Detrás mío, y sin que tuviera que indicárselo, Sheila lo fue borrando.

Al fin alcanzamos la puerta. Yo con el oído atento, esperando oír de un momento a otro el lúgubre ulular de las sirenas de la policía.

Sheila la abrió y después la cerró a nuestra espalda.

—Bajaremos por la escalera —indiqué—. No quiero encontrarme a nadie en el ascensor, ricura. Ve tú delante, e indícame si el camino está libre.

Sheila lo hizo así, siempre en silencio, y empezamos a descender. Llegamos a la planta baja sin novedad alguna.

Siempre delante mío, Sheila se asomó a la calle. Luego se volvió y mediante una seña me indicó que no había nadie. Suspiré satisfecho mientras el sudor empapaba mi frente y mi temor a la policía iba creciendo por momentos.

Sheila abrió la portezuela de su «Ford» ocho plazas, último modelo, y se situó frente al volante.

Depositó a la morena en el fondo del coche, en la parte trasera, y acto seguido me coloqué a su lado.

—¿Dónde vamos?

—A las afueras de Friso, preciosa —repliqué—. Dejaremos ese cadáver en cualquier parte, y luego regresaré a mi apartamento.

—Regresaremos, Richard —replicó ella—. Puede que te haga falta si la policía está esperándote allí.

No repliqué, consciente de que llevaba razón.

Por fin, ambos, temerosos de tener un tropiezo con algún agente de tráfico, alcanzamos la carretera de la costa.

Hubiera sido fácil el deshacernos de la rubia lanzándola por alguno de los acantilados, pero yo no quería aquello en modo alguno. Deseaba que el cadáver fuera descubierto y enterrado.

—Puedes detener el coche aquí mismo, Sheila.

Esto lo dije cuando ya estábamos a más de cinco millas de San Francisco, y en medio de una cerrada curva.

Sheila arrimó el coche a la cuneta y por fin lo detuvo en el centro mismo de la curva. Abrí la portezuela y salté del «Ford» a la carretera. Miré a lo largo.

Nadie.

Continuaba teniendo la suerte de cara. Una suerte que no podía durar mucho, según mis propios pensamientos.

Saqué a la morena, de nuevo me la cargué al hombro, y caminé por la cuneta hasta que hube rebasado la curva.

Entonces la deposité en el suelo. Le quité uno de los zapatos y lo tiré un poco lejos de ella, hice lo propio con el bolso y después, venciendo con un esfuerzo las náuseas que sentía, rasgué aún más de lo que ya lo estaban sus desgarradas ropas.

No como pudiera hacerlo un sátiro, sino para crear la impresión de que era allí donde se había cometido el asesinato y no en mi apartamento. Después la miré fijamente.

—Lo siento —murmuré—. Pero si te sirve de consuelo, voy a intentarlo todo por atraparlo.

No me contestó. Clare.

Luego, sin volver la vista atrás, pensando en todo aquello, regresé al lugar donde Sheila me esperaba.

Sheila que ya había dado la vuelta al coche cuyo motor apuntaba ahora hacia San Francisco.

Me acomodé a su lado sin pronunciar palabra, y ella arrancó.

Fue al aparecer ya las luces de la ciudad en la distancia cuando Sheila preguntó:

—¿Quién puede desear tu muerte?

Era una pregunta que yo me estaba haciendo desde que la morena entró en mi apartamento, y a la cual no había podido encontrar respuesta alguna, por lo menos satisfactoria.

Se lo manifesté así, por lo que ella replicó:

—De acuerdo. Pero, hay algo de extraño en ello, Richard. ¿Lo has notado? Pensé rápidamente.

Sheila era una muchacha muy inteligente. Su innata hermosura rimaba con su inteligencia. Por lo tanto no me extrañaba que ella hubiera pensado en lo que yo.

—Sí —repliqué lentamente—. A ti te extraña lo que a mí, ¿no? Si el tipo quería asesinarme, ¿por qué se tomó tanta molestia para montar este tinglado? Con meterme un balazo en medio de la cabeza, cuando su amiga me dejó K. O., tenía bastante. Pero al parecer, no es eso lo que desea. Es...

Callé, mirándola.

Su maravilloso perfil se mostraba serio, y su semblante dulce y hermoso, continuaba un tanto pálido.

—¿Asustada, querida? —pregunté. Me lanzó una mirada fugaz.

—No, Richard —replicó ya con los ojos fijos en la carretera—. No lo estoy. Sólo pensativa. Estoy pensando ahora en el cuento que vamos a endosarle a la policía tan pronto como nos la echemos encima.

—Eso va a ser completamente sencillo, ricura —repliqué—. Tú vas a decir lo siguiente tan pronto como te interroguen: Que te invitaron a una fiesta, que te aburrías en ella y viniste a buscarme a mí. Después nos fuimos a dar un paseo en coche, lo que es verdad, hasta ahora. ¿Comprendes?

—Sí. Creo que es sencillo y fácil de recordar.

—Eres un sol, ricura.

—Pues no lo parece.

—¿Por qué?

—Porque si fuera así, ya me hubieras llevado a tu apartamento. Sé que te está haciendo falta una mujer que te zurza los calcetines, querido.

No repliqué, en vista de lo cual, ella también salló, y ya no volvió a pronunciar palabra hasta que detuvo el coche frente a la puerta del edificio donde yo tenía mi apartamento.

Miramos a todos lados. La calle estaba desierta. Al parecer, la policía no había venido, o mi desconocido y amigo asesino no la había llamado, lo que echaba por tierra todas mis conjeturas.

—Creo que nos van a dejar tranquilos, querido. La policía no está a la vista.

—Lo que me alegra por ti. Así podrás regresar enseguida a tu casa.

—¡Pero, Richard! ¡Eres francamente decepcionante!

Eso fue lo que dijo. Lo que fui a decir yo, se me quedó dentro, porque apenas terminar de hablar, Sheila me enlazó el cuello con las manos.

Pensé en Phil, en que éste era mi amigo y ella su hermana, pero los labios de fuego de Sheila me impidieron seguir razonando.

Luego, cuando más entregada estaba a la caricia, fueron unos fuertes golpes dados contra el cristal de una de las ventanillas.

Nos separamos violentamente, y ambos giramos la cabeza hacia aquel lado.

Era la policía. La misma policía, representada por el capitán Aldo Mulligan, de la Brigada de Homicidios.

Vi su mueca crispada, el brillo satisfecho de sus ojillos de cerdo, su nariz aguileña y su rostro rosado como un tomate, grueso como una luna llena.

Giré el rostro para enfrentarme a Sheila.

—Nos equivocamos, niña —dije—. Ahí les tenemos. Ten cuidado ahora, que ese capitán es un cerdo.

Me hizo una graciosa mueca con los labios y giré hacia el capitán Mulligan, cuya impaciencia se veía retratada en su mofletudo rostro.

Abrí la portezuela para enfrentarme con uno de los hombres que más antipatía sentían por mí.

CAPÍTULO VI

—Vamos, muévase, fisgón.

Sin replicar, descendí del coche y le enfrenté.

—Hola, capitán —saludé sonriendo—. ¿Qué se le ha perdido por aquí y a estas horas de la madrugada?

Al terminar me di cuenta de que Sheila descendía del coche. En el acto noté cómo me pasaba la mano por el brazo, enlazando el suyo con el mío.

También vi algo más. Que Mulligan no había venido solo. Se distinguía a un agente en la puerta, y a otro en el arranque de la escalera. Desde allí les veía perfectamente, y me pregunté cuántos más habría dentro.

Y dejé de pensar cuando Mulligan replicó:

—¿Quiere decirme dónde ha estado hasta ahora, Allan? Y no me responda que no tengo derecho a interrogarle porque lo sentirá.

Estuve a punto de mandarle al diablo pero me contuve. Con toda franqueza no me gustaba hacer un viajecito aquella misma noche hasta el Precinto, y en compañía de Mulligan.

Por lo tanto repliqué con perfecta calma:

—Dando un...

Me atajó con un gesto, y a continuación encaró a Sheila.

—Será mejor que lo diga ella, fisgón. ¿Desde cuándo está usted con él, muchacha?

Sheila frunció el ceño y con este ademán me di cuenta de que estaba a punto de estallar. Como así fue, aunque no con la violencia que yo esperaba.

—Para usted *miss* Lancaster, capitán —dijo secamente—. Y si le sirve de consuelo, debo decirle que estoy en compañía de Richard desde las diez de la noche. ¿Satisfecho?

La prominente nuez de Mulligan subió y bajó un par de veces antes de dar la respuesta. Cuando lo hizo, su voz estaba cargada de furia.

—¿Espera que me lo crea?

—¿Por qué no, capitán? Esta noche me invitaron a una fiesta y fui a ella. Me aburría y vine a buscar a Richard. El también se aburría sólo en su apartamento y por lo tanto decidimos salir juntos por ahí. Usamos mi coche. —Hizo una pausa y luego preguntó heladamente—: Ahora, ¿puede decirme de una vez a qué se deben estas preguntas, capitán?

—No creo que a usted le importe mucho, *miss* Lancaster. Sheila enrojeció violentamente y entonces intervino yo:

—Creo que se está excediendo, capitán...

—Sí, ¿eh?

—Sí. *Miss* Sheila Lancaster es hija de Don H. Lancaster. De los Lancaster de Lincoln Way. Y Don H. Lancaster es amigo del jefe. Por lo tanto, creo que va a tener que pedirle perdón por su grosería, capitán.

Poco faltó para que lo hiciera. Mulligan era así. Cuando podía todo eran gritos, insultos y malos tratos, pero cuando veía las de perder, se arrastraba por el suelo.

Mientras lo hacía, vi la mirada que Sheila me dirigió, y el gesto olímpico de su mano cuando le mandó callar. Luego preguntó:

—¿Quiere decirme qué es lo que ha ocurrido, capitán?

Mulligan me miró a mí, y después la miró a ella. Entonces replicó:

—Verá usted, *miss* Lancaster. Esta noche se recibió en el Precinto una llamada telefónica diciendo que ocurría algo desusado en el apartamento de *míster* Richard Allan. Vinimos, y no encontramos nada. No obstante, como esa llamada prometía...

Calló mirándonos nuevamente a los dos. No dije nada. Dejé la iniciativa a Sheila.

—¿Quiere decir que denunciaron que encontrarían un cadáver, capitán? —preguntó.

—Eso fue lo que nos dijeron, *miss*.

—¿Y usted lo creyó? Vamos, capitán, un poco más de formalidad.

Enroostro rosado de Mulligan tomó ahora un subido color

escarlata. Luego tragó saliva, y al fin replicó con voz ronca:

—Ruego nos disculpe, *miss* Lancaster.

—De acuerdo, capitán. Está disculpado. Pero para lo sucesivo, le ruego tenga más cuidado. ¿Nos vamos, Richard?

Dio una olímpica media vuelta y sin dar las buenas noches ni despedirse, se encaminó hacia la puerta. Opté por seguirla, mientras detrás nuestro, el capitán Mulligan maldecía entre dientes su derrota.

Una derrota que equivalía a sumar un punto más en mi contra, sobre los qué ya tenía.

Pero no me molesté por ello.

Sheila me estaba esperando en el ascensor. Fui a su lado, cerramos las puertas correderas y ella pulsó el botón que debía llevamos a mi apartamento.

Ya en el «*living*», preparé un par de *whiskies* sabiendo que a los dos nos estaban haciendo falta. Luego me acomodé frente a ella y bebí lentamente mientras Sheila me observaba.

Repentinamente dijo:

—Creo que de esta hemos salido, ¿no?

—Sí. Después ya veremos.

Entonces me miró con gesto suspicaz.

—¿Qué es lo que llevas entre manos, querido? Hice un gesto y repliqué:

—Secreto de Estado, preciosa.

Se puso en pie y avanzó hacia mí. Me levanté del sillón que ocupaba.

—Oye, Richard —dijo—, ¿en qué estábamos cuando nos interrumpió el capitán Mulligan?

—Cometiendo un error del cual nos arrepentiríamos después, preciosa —repliqué—. Y le agradezco a Mulligan que nos interrumpiera.

No me hizo caso. Sin replicar, se lanzó a mis brazos y hube de apartarla de un manotazo.

En el acto me enfrentó con los ojos brillantes como carbones.

—Eres un...

Señalé la habitación y se interrumpió sin terminar lo que iba a decir.

—Será mejor que te vayas a dormir, preciosa —dije secamente.

Miró hacia allí, y luego miró hacia allá, que era yo.

—Pero... Pero...

La comprendí. Sheila tenía miedo de dormir en mi habitación, recordando, la morena asesinada.

—Tú te lo pierdes, querida —dije—. Por lo tanto, vas a pasar el resto de la noche en el sofá.

Sin esperar respuesta giré hacia mi dormitorio, tomé un par de mantas y desde el umbral del mismo se las lancé. Después di media vuelta, cerré por dentro y me acosté. Soñé con una pelirroja a la que todo el mundo intentaba asesinar.

Las nueve de la mañana.

Después de consultar el reloj disqué el número de Phil.

En contra de lo que temía, no fue Sheila la que se puso al aparato, sino él.

—Hola, Phil —dije—. ¿Qué has averiguado? Masculló algo entre dientes y luego replicó:

—Vi lo que deseabas. Belle Casel, al paso que va, no tardará mucho en estar arruinada.

—Explícate, Phil —pedí.

—A eso voy. Escucha, que es interesante. Belle Casel saca del Banco la cantidad de dos mil dólares semanales, y tiene en cuenta la cantidad de treinta mil. Por lo que ves, esto va a acabar con ella antes de que se de cuenta.

—¿Chantaje, Phil? —pregunté.

—Eso no es cosa mía, Richard —replicó—. Puede o no puede serlo. Sea lo que sea, yo no soy un privado de tu categoría. ¿Algo más?

Pensé unos cuantos segundos.

—Sí —repliqué al cabo de los mismos—. Y es lástima que no te lo haya dicho antes. Ahora me interesan los ingresos y gastos de los demás miembros de la familia Farrell. Eso llevará tiempo. ¿Podrás hacerlo, Phil?

Desde el otro lado del hilo telefónico, Phil Lancaster lanzó una corta y alegre carcajada. Después replicó:

—¿Me crees tonto, Richard? Eso lo he hecho ya. John Madigan Farrell tiene en su cuenta corriente doscientos mil dólares. Ingresa mensualmente alguna cantidad que otra, y todas importantes. Los gastos son superfluos. Dick Bogarde tiene cerca de un millón de

dólares y es dueño de un club nocturno en Park Presidio Drive. El «Pájaro Azul». Jim

O'Hara

tiene cerca del medio millón, y no se le conocen gastos. En cuanto a Paulina Farrell, debo decirte que nadie sabe cuál es su paradero.

—Procura localizarla, Phil, y gracias.

—No tienes por qué darlas, Richard. En cuanto a esto último, sabía que me lo ibas a pedir y tengo gente trabajando en ello.

—Eres un as, Phil.

Rió de nuevo y luego replicó:

—Espero tener alguna noticia para antes de la noche. ¿Dónde puedo telefonearte? Repliqué con la verdad:

—No lo sé, Phil. Lo más seguro es que te telefonee yo, ¿no?

Quedamos de acuerdo en que así se haría y colgué.

Hecho esto, busqué la botella de *whisky* y bebí un trago pensando en Cherry Farrell.

Una pelirroja cuya belleza ni la juventud de Sheila podía paliar.

Mis pensamientos los cortó el timbre del teléfono. Era Cherry Farrell.

—Deseo invitarle a una fiesta, míster Allan —dijo.

—Eso no está mal.

A mi respuesta siguió una extraña pausa. Después ella replicó:

—He sido invitada al «Pájaro Azul». Hoy es el cumpleaños de Dick. Por lo tanto va a celebrarlo allí en compañía de unos cuantos íntimos. Como cosa lógica, el club estará cerrado al resto del público. Por eso quiero que venga conmigo. Así estudiará a mis familiares.

Innecesariamente pregunté:

—¿Irán todos?

—Sí. Por lo menos eso es lo que supongo.

—¿También Paulina?

—No. Ella no —hizo una pausa que no interrumpí, y en el acto añadió—: Le hablaré de Paula tan pronto como nos veamos, míster Allan.

Di las gracias y añadí:

—¿Dónde nos veremos?

Hubo una pausa de unos cuantos segundos, al cabo de los cuales ella replicó:

—Venga a buscarme a casa sobre las ocho de la noche. Ya sabe dónde es, ¿no? Repliqué que sí, y luego pasé el resto de la mañana dentro de la oficina dándole vueltas al asesinato de la desconocida morena, unido al recuerdo de «Voz Ronca», del cual no había tenido noticias desde que me telefoneó.

¿Por qué? ¿Porque había muerto? ¿Asesinado también? Era lo único posible. Pero ¿por qué? ¿Porque había intentado ponerse de acuerdo conmigo para informarme de la trampa que se me tendía a través de la morena?

Aquella hipótesis aún me gustaba más. Por lo tanto me prometí a mí mismo no olvidarla por si llegaba el caso de tenerla que usar.

Sobre el mediodía abandoné la agencia y salí a la calle. Comí un par de bocadillos en un bar y luego, camino de mi apartamento, compré un periódico en un quiosco.

Sentado en el «*living*» lo desplegué y busqué los sucesos. No tuve que esforzarme mucho en encontrar el asesinato de mi desconocida morena.

Después encontré otro. Un hombre había sido asesinado en una de las callejas de Chinatown, de un tiro de pistola en plena sien, muy cerca del bar donde había conocido a Ada.

Aquello me hizo formularme una pregunta. ¿Se trataba acaso de «Voz Ronca»? Lentamente me puse en pie y abandoné el apartamento. Unos segundos más tarde, frente al volante del coche, conducía hacia la Morgue.

Deseaba ver al asesinado.

Aunque el periódico decía que había sido identificado como Leslie Cameron, individuo de pésimos antecedentes, yo deseaba saber algo más.

CAPÍTULO VII

Me abrió la puerta un estirado mayordomo.

—Me llamo Allan —dije por toda presentación—: *Miss Farrell* me está esperando.

—Pase por aquí, por favor, *míster Allan* —replicó.

Fui tras él, hasta un salón amueblado con gusto sobrio y exquisito. Allí mi estirado mayordomo dijo:

—*Miss Farrell*, *míster Allan*...

Miré en torno pero no la vi. No por el momento. Después sí, y cortaba el resuello.

El vestido de noche, largo hasta los pies, ceñía su figura de ensueño lo mismo que si fuera una segunda piel.

Estaba hermosa a cien por cien. Su cabellera pelirroja escapaba en bucles rizosos por debajo de su casquete, y unos cuantos miles de dólares en visón cubrían sus blancos y desnudos hombros a las miradas indiscretas.

Vino hacia mí andando como pudiera hacerlo una reina, y por unos segundos me pregunté qué diría ella si yo pretendía por el momento enseñarla cómo se hacía el amor en las bajas escalas sociales, pero me lo callé sabiendo que sólo podía recibir como pago a mi enseñanza un par de fenomenales bofetadas.

—Bien venido a mi casa, *míster Allan*. —Me miró de pies a cabeza y añadió—: Cuando usted quiera.

Tan lejana como una estrella. Eso lo pensé replicando ya:

—Por mí, ahora mismo, *miss Farrell*.

Salimos de la mansión. Había un «Rolls» frente a la puerta que no estaba cuando yo entré, y un uniformado chófer a su costado manteniendo la puerta abierta.

Me hice a un lado y la dejé pasar. Cherry subió delante mío y

luego, con un ademán, me invitó a que me sentara a su lado. Con el mismo gesto que una princesa pudiera tener para uno de sus vasallos.

Me mordí los labios para no soltar una inconveniencia y me acomodé a su lado.

El «Rolls» arrancó suavemente sin que ella dijera nada, y entonces me arrellané contra el mullido respaldo del asiento.

Soñaba.

Pero Cherry se encargó de sacarme de mis sueños con una pregunta:

—¿Pudo averiguar algo, míster Allan?

—Algo, pero no mucho, *miss* Farrell —repliqué—. Después de la velada se lo contaré todo. Creo que es mejor.

Dio su consentimiento con una leve inclinación de cabeza y se mantuvo en silencio durante todo el resto del trayecto.

Media hora más tarde nos encontrábamos frente al «Pájaro Azul».

Descendí primero y tendí mi blanca mano para ayudarla. Mano, que por su blancura (conste que lo digo), Cherry se dignó aceptar.

Tres minutos después me encontraba a su lado, dentro del club, enfrentando a los tres miembros masculinos de su familia, ya que no pude ver a Belle por parte alguna.

Cherry me los presentó.

Jim

O'Hara

y John Madigan Farrell me parecieron dos tipos, aunque jóvenes, un tanto vulgares.

Ambos de estatura normal, corrientes. John era rubio y de ojos grises. Su traje de etiqueta le sentaba como un guante. En esto era en lo que se parecía más a Jim

O'Hara,

ya que éste era moreno, y con todo el aspecto de un meridional.

Dick Bogarde era otra cosa.

Alto, atlético, pelirrojo como Cherry, y dando el aspecto, todo él, de ser muy capaz de valerse por sí mismo en todos y en cada uno de los avatares de la vida.

Le felicité cuando me tendió la mano. Luego se separó de mi lado, por lo que apenas si cruzamos palabras, y súbitamente me vi

solo, en un extremo del bar, mientras Cherry formaba pareja con uno de los íntimos del dueño del club.

Me sirvieron un *whisky*. Empezaba a beberlo, con los ojos fijos en las parejas, estudiándolas detenidamente, pensando en cuál de ellos tendría interés en Cherry, como futura víctima, cuando vi a Belle.

Su ceñido vestido verde hubiera representado un escándalo en cualquier parte, aunque allí parecía que estaban acostumbrados a ello, ya que nadie parecía fijarse especialmente en la mujer.

Yo sí me fijé, dándome cuenta de que la bella rubia no me había visto aún.

Belle deambuló de un lado para otro, bromeando con éste o aquél, y finalmente avanzó hacia una de las puertas y desapareció por ella. Giré hacia la barra y pregunté al atento y solícito barman:

—¿A dónde da aquella puerta? Sonrió antes de replicar:

—A la terraza del club, y de ella, por una escalerilla, al jardín. Un pequeño jardín que hay en la parte trasera, míster Allan.

Di las gracias, apuré el *whisky*, y fui detrás de la mujer que gastaba dos mil dólares semanales sin tener ni un solo ingreso.

Belle estaba acodada a la barandilla de la terraza y tenía entre los dedos de la mano derecha un largo y oloroso cigarrillo turco.

Me acerqué, y antes de llegar a su lado se volvió al instante.

—¡Oh! ¡Es usted, míster Allan! Confieso que no le esperaba en una fiesta como ésta. —Me tendió las dos manos, que estreché mientras continuaba diciendo—: ¿Amigo de Dick?

Sonreí.

—No —repliqué—. Pero conozco a Cherry Farrell. Se me acercó hasta rozarme.

—¿Le gusta Cherry a usted?

—Es interesante.

Puso sus manos en mis brazos y replicó:

—Es hermosa, Richard, pero no me parece su tipo.

—¿No...?

—No, Richard. Tu tipo puedo ser yo. Soy de otra clase. ¿Sabes?

Apartó las manos de mis brazos y luego las levantó hasta mi cuello. Me dejó llevar. Belle Casel sabía bastante en materia de besos.

Cuando me separé de ella, alentaba. Tenía los ojos brillantes y

los opulentos senos se movían descompasadamente bajo el vestido. Tomó aire y vino de nuevo hacia mí con una prometedora sonrisa en sus labios.

Pero Cherry Farrell estaba detrás, en la misma escalinata, mirándonos con una sonrisa de infinito desprecio en sus rojos labios.

Entonces dije:

—Si nos ven, Belle, creo que a su amigo del «California» no le gustará.

La alusión a esto no le gustó a ella tampoco, ya retrocedió un paso mientras la sonrisa de su boca se iba borrando poco a poco. Pero se rehízo en el acto y musitó quedamente:

—Creo que tienes razón, Richard. Vamos a dejar de hacer tonterías, pero me tienes que prometer que mañana me llamarás a casa. ¿No?

Se lo prometí y a continuación la dejé sola.

Fue lo peor que pude haber hecho, ya que el resto de la velada lo pasé completamente solo y aburrido. Cherry Farrell me hizo tanto caso como si yo hubiera sido uno de sus apuestos lacayos.

Por fin terminó la reunión, y como en sueños me vi de nuevo junto a la silenciosa Cherry, acomodado a su lado mientras el uniformado chófer conducía hacia su mansión.

Mediábamos el trayecto cuando empecé a hablar.

—Escuche, Cherry —dije—. Lo que usted vio...

—Es algo que no me importa en absoluto, aparte de que no me gustan los hombres sin carácter.

Lancé una maldición para mis adentros.

—A mí me sobra carácter, preciosa —repliqué después.

—No me grite, míster Allan. Punto final.

No repliqué y así, en el más completo silencio, llegamos frente a la mansión. Descendí primero y le ofrecí la mano, que aceptó.

Luego los dos nos miramos fijamente durante unos cuantos segundos, hasta que pregunté:

—¿Quiere saber cuáles han sido mis impresiones de esta noche, miss Farrell?

—Sí. Será lo mejor. Pase conmigo.

¿Se estaba humanizando?

No lo sabía. Sin saberlo, pero perplejo conmigo mismo por lo

mucho que ya empezaban a importarme sus opiniones, fui tras ella hasta el «*living*».

—Siéntese, por favor.

Lo hice mientras ella se quitaba el visón de sobre los hombros. Éstos parecieron brillar con luz propia, y desvié los ojos porque en aquel entonces empezaba a desear tomarla entre mis brazos para acariciarla y besarla.

Hecho esto, Cherry fue al mueble bar, donde sirvió un *whisky* para cada uno. Con ellos vino a mi lado, y acto seguido se sentó frente a mí.

Sus hermosas piernas estaban cubiertas por entero debido al largo vestido, pero fue igual ya que yo las recordé de la vez anterior.

—Bien, ¿qué ha descubierto?

—Muy poco —repliqué—. Belle Casel está arruinada completamente. Jim

O'Hara

desea saber quién soy y qué hago al lado de usted. Por su parte, John Madigan se muestra indiferente aunque preocupado. En cuanto a Dick Bogarde, se mostró conmigo excesivamente cordial.

—¿A dónde nos conduce esto, míster Allan?

Fue entonces cuando vi aquella bola blanca, viniendo de un extremo del «*living*», y que de un salto se subió a la falda de ella. Cherry empezó a acariciar el pequeño «Lulú» blanco y yo a lamentar no ser el perro.

Mis agradables pensamientos al respecto los rompió Cherry con la misma pregunta, pero formulada en diferente forma.

—¿Qué conclusión sacamos de todo esto?

Aparté los ojos del chucho, la miré a ella y repliqué:

—A ninguna, *miss* Farrell.

—Eso quiere decir que estamos como en un principio, ¿no?

—No necesariamente —repliqué.

—¿Por qué?

—Porque ahora ya tengo en qué trabajar. Pongamos por caso a Belle Casel. Me interesa saber por qué paga dos mil dólares semanales. Por lo menos eso es lo que extrae de su Banco semanalmente, sin que hasta ahora haya ingresado en él ni un solo centavo.

»Deseo saber también, entre cosas, por qué Jim tiene ese interés por mi persona, y por qué Dick Bogarde se muestra tan obsequioso y cortés conmigo. También me choca la indiferencia de John, y su preocupación.

Callé mirándola, sin que ella dijera nada, en vista de lo cual hice una pregunta:

—¿Sabe cuál es el paradero de Pauline...?

—No, míster Allan —replicó—. Si no me equivoco, creo que ya hablamos de esto, ¿no?

—Tal vez me expresé mal y lo que debía decir es si conocía a cualquier persona que lo supiera y me pudiera facilitar sus señas, *miss Farrell* —repliqué.

Frunció el ceño sin dejar de acariciar al perro, vaciló, y al fin dijo:

—Mi abogado las conoce, pero sé que, de pedírselas yo, no me las dará. Y si lo hace, no será sin antes haberse querido enterar del motivo que tengo para ello. ¿Comprende?

—Deme las señas de ese abogado —repliqué.

—Se las daré, pero será mejor que no vaya directamente a él.

—No nací ayer, *miss Farrell*.

No replicó. Se puso en pie, soltó el perrito en el suelo y se alejó. El animal husmeó mis pies, levantó la cabeza hacia, mí, y después salió huyendo a escape.

Feo que es uno.

CAPÍTULO VIII

Alcancé el porche, bajé los tres peldaños y pensando en Leslie Cameron y en las señas que me habían facilitado en la Morgue, preguntándome si sería «Voz Ronca», cuando oí aquel lacerante grito de mujer.

¡Cherry!

Salté a un lado. Di media vuelta y corrí hacia la puerta. Estaba cerrada con llave. La propia Cherry la había cerrado a mi espalda después de despedirnos.

Rodeé la casa. Una ventana. Cerrada. Me quité el zapato y con el tacón rompí el cristal.

Acto seguido, por el hueco del mismo introduje la mano y tiré de la falleba.

Unos segundos después estaba en el interior de la casa, corriendo hacia el «*living*».

Lo alcancé y me detuve jadeando en el umbral de la puerta, mirando al estirado mayordomo, inclinado sobre la caída figura de Cherry, al parecer desmayada.

Pero había algo más. El perrito. El pequeño y blanco animal estaba también caído sobre la alfombra, y me bastó un simple vistazo para saber que había sido electrocutado.

Avancé entonces mientras el mayordomo me miraba con la cara llena de consternación.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—A ciencia cierta no lo sé, míster Allan —replicó—. *Miss Farrell* fue hacia el tocadiscos con ánimo de poner un poco de música. El perrito, que iba con ella, se adelantó, saltó sobre el aparato, hubo un chispazo, y éste es el resultado. *Miss Farrell* gritó y luego se desmayó.

Me incline sobre la pelirroja mientras replicaba:

—Prepare un poco de *whisky*. Eso la reanimará.

—Enseguida, míster Allan.

Fue por lo pedido mientras yo la tomaba entre mis brazos para a continuación llevarla al sofá, donde la deposité. Luego miré el perrito y me dije que allí no debía de estar cuando ella recuperara el conocimiento.

Por lo tanto lo tomé entre mis brazos y lo llevé a una de las habitaciones contiguas, depositándolo en el suelo.

Cuando regresé al lado de Cherry, sumido en un mar de conjeturas, el mayordomo me esperaba con un vaso de *whisky* en la mano. Vaso que me entregó diciendo:

—Si me necesita para algo, llámeme, míster Allan.

Le dije que así lo haría y se alejó discretamente mientras que yo me inclinaba sobre la hermosa figura de mujer que continuaba desmayada en el sofá.

Acto seguido derramé parte del *whisky* por entre sus entreabiertos labios. Cherry se agitó brevemente, con lo que parte del licor se deslizó por su barbilla.

Repetí la operación, se agitó de nuevo, tosió unas cuantas veces y a continuación abrió los ojos.

Tardó escasos segundos en reconocermé, y otros tantos en recordarlo todo.

—El perro murió, ¿no? Sí, claro, y yo me desmayé como una tonta. ¿Qué habrá pensado usted de mí?

No se lo dije. De haberlo hecho, ella se hubiera enfadado. Y es que verdaderamente estaba deliciosa en el sofá. Deliciosa en cualquier parte.

¡Lástima que estuviera tan lejos de mí como la más lejana de las estrellas!

Hizo intención de incorporarse sobre el sofá y la ayudé a ello. Instalada ya, preparé dos *whiskies* y me senté a su lado.

Durante unos cuantos segundos, que se me antojaron siglos, Cherry clavó en mí sus grandes y profundos ojos, con una mirada interrogativa que me hizo daño.

Entonces pregunté:

—¿Cómo fue, Cherry?

Lo explicó en pocas palabras, con una versión que se ajustaba en

todo a la del mayordomo.

—¿Quién usó el
«pick-up»
antes que usted?

—Jim estuvo aquí esta mañana. Estuvimos oyendo música. Luego le dejé solo. Cuando regresé estaba manipulando en él. A mis preguntas dijo que se había estropeado.

Me miró largamente y preguntó con un hilo de voz:

—¿Cómo sabré si lo hizo a conciencia, Allan?

—Llámeme Richard —repliqué—. Suena mejor. En cuanto a la respuesta a su anterior pregunta, debo decirle que eso no lo sabrá nunca.

—¿Entonces...? Pensé rápidamente.

—Tendrá que tener cuidado, *miss* Farrell —dije—. En cuanto a Jim, hablaré con él.

—¿Adelantará algo?

—No lo sé —confesé en desacuerdo conmigo mismo.

Bebió largamente, sin replicar. Luego se puso en pie, y la imité.

—Estoy cansada, Richard —dijo—. Muy cansada. Y asustada también. Si esto no acaba pronto...

—¿Por qué no hace un viaje, *miss* Farrell? Miami, la Costa Azul... Me interrumpió vivamente:

—Nunca me gustó huir. Por otra parte, no sé lo que ganaría con eso.

—Gomo ganar puede que nada, a no ser encontrarse a sí misma, tranquilizando sus nervios. También evitaría los atentados. No creo yo que el asesino se atreviera a ir detrás de usted. Esperaría su vuelta, y entretanto, yo podría dar con él.

—No lo haré, Richard, por el motivo que ya le he dicho antes. No repliqué.

Cherry sabía lo que quería. Tenía miedo, pero no deseaba abandonar la partida, y la admiré por ello.

De nuevo me acompañó hasta la puerta. Me estrechó la diestra y me despidió con una sonrisa. Luego agitó una mano y correspondí al saludo avanzando ya en dirección a mi apartamento.

No había ninguna morena hecha cisco sobre la cama, por lo que suspiré con alivio, decidido a dormir el resto de la noche. Pero no lo hice.

Entraba ya en mi dormitorio cuando recordé a Leslie Cameron. Consulté el reloj.

Las cinco de la madrugada. Tenía muchas cosas que hacer. Belle y sus dos mil dólares semanales entre otras cosas.

Entré en el cuarto de baño y me di una ducha. Luego cambié de traje, me encasqueté el sombrero y salí a la calle.

Eran las seis y treinta cuando conducía lentamente hacia el Chinatown.

En Market Street encontré un bar abierto y entre dispuesto a tomar el desayuno. Lo hice así ante la mirada atenta y un tanto vigilante del barman, y acto seguido me dispuse a leer el periódico.

Continuaba hablando de la desconocida morena que había muerto en mi apartamento, pero al parecer aún no había sido identificada.

Abandoné el bar a las ocho de la mañana. Empuñé el volante y conduje hasta un par de cuadras más abajo. Allí estacioné el coche y, a pie, me encaminé hacia el centro del Chinatown.

La calle era oscura a pesar de que el sol ya estaba un poco alto. Pestilente, llena de basuras, y oliendo a todos los perfumes de Oriente, pero mucho menos, se entiende, claro.

Caminé por la misma pestilente calleja por espacio de un cuarto de hora, hasta que mis ojos pecadores tropezaron, no con una opulenta y fantástica rubia, sino con el número 789.

Allí era.

Entré en un no menos oscuro y pestilente portal y empecé a subir por una estrecha escalera, carente completamente de ventilación. Lo mismo que un inmundo tugurio, pero mucho más.

En el primer rellano deslicé la automática al bolsillo del pantalón y detrás de ella introduje la mano derecha.

Continué subiendo.

Maldiciendo entre dientes al tipo que había tenido la ocurrencia de hacer un edificio tan alto como aquél, y sin ascensor.

Sexto piso.

Lamenté no llevar la lamparilla eléctrica, y me esforcé todo lo que pude en distinguir las letras y la numeración borrosa de los apartamentos.

Al fin lo conseguí.

Frente a la letra F., apartamento 39, escuché.

Ningún rumor me llegaba de dentro. ¿Estarían durmiendo? Consulté el reloj antes de decidirme a llamar.

Las nueve y cuarenta y cinco.

Casi a tientas busqué el botón del zumbador y una vez lo hube encontrado lo pulsé. Allá a lo lejos me pareció oír la voz del timbre. Dejé de apretar y el sonido se extinguió.

De nuevo escuché.

¿Pasos?

Eran pasos. De mujer. De mujer descalza. Me aparté un poco de la puerta cuando calculé que estaba llegando a ella, y esperé.

Un minuto o tal vez dos.

Repentinamente la puerta se abrió, y supe que no me había equivocado, ya que era una mujer.

¡Casualidades de la vida!

La mujer era Ada Cummins. Ada, que abrió mucho los ojos al verme. Ada, que llevaba sobre su hermoso cuerpo una especie de mosquitera de transparente nylon rosa, que tenía la particularidad de abrirse por el centro, de la cintura a los pies, y nada más.

Y por fin, Ada cuya expresión cambió al instante, dando la impresión, al segundo siguiente, de que no me había visto en su vida.

—¿Qué desea? ¿Quién es usted? Sonreí.

—Vengo a darte otros cien dólares, Ada, querida —dije—. Por una simple información.

La vi vacilar y preparé el pie por si tenía la idea de darme con la puerta en las narices. No fue así.

—Desembuche.

La miré de pies a cabeza. Como sabía que le gustaría que la miraran. Pero no causó efecto, ya que su rostro permaneció impassible mientras yo me preguntaba si estaba perdiendo facultades coa cierta clase de mujeres, lo que es bien seguro que, de saberlo, regocijaría a Sheila.

—¿Aquí...? —pregunté—. No creo que le guste a los vecinos, preciosa.

De nuevo la miré de pies a cabeza, y bien a mi pesar, estuve a punto de lanzar un estridente silbido.

Tal vez lo hubiera hecho de no interrumpirme ella en aquel momento:

—Está bien. Pase, fisgón.

Lo hice cuando se apartó de la puerta, cerrando inmediatamente después a nuestra espalda. Acto seguido me enfrentó:

—De acuerdo —dijo—; ya está dentro. ¿Quiere desembuchar ahora?

Sin replicar pasé por su lado y avancé hacia el interior de su apartamento. Ada lanzó una ahogada exclamación detrás mío y a continuación vino en mi seguimiento.

Me detuve en el «*living*», y no porque ella me sujetara del brazo, sino porque ya no me interesaba lo que pudiera tener dentro de su habitación, aunque sí me mantuve alerta.

—¿Quiere decirme de una vez a qué ha venido aquí y cómo ha dado con mi casa?

Sonriendo, me dejé caer en uno de los sillones. Ada hizo lo propio, cabalgó una de las piernas sobre la otra y la mosquitera de nylon cayó al suelo a ambos lados de sus hermosas extremidades.

Sudé un poco, y para no continuar haciéndolo aparté los ojos de allí y miré la ventana que había a su espalda.

Entonces repliqué:

—En la Morgue me dieron esta dirección, ricura. Por lo tanto, ya puedes figurarte a lo que he venido. ¿No es así?

Palideció un poco, pero su voz fue tranquila cuando dijo:

—No lo comprendo, fisgón.

Eran dos las veces que me lo había llamado. Eran dos las veces que podía preguntarle cómo sabía ella que era un detective privado, pero me callé, ya que por el momento lo que me interesaba era otra cosa.

Por lo tanto, continué con lo más importante.

—Se trata de Leslie Cameron, ricura. A Leslie lo asesinaron la misma noche en que yo te vi a ti en aquel bar de Market Street, ¿recuerdas? «Voz Ronca», como yo le llamé al preguntarte por él. Finalmente te diré que «Voz Ronca» o Leslie Cameron vivía aquí. ¿Qué sabes de esto?

Me miró de pies a cabeza, cruzó y descruzó las piernas, con lo que el espectáculo que me ofreció fue impresionante, y replicó:

—Nunca sospeché que te referías a Leslie, querido.

—Está bien, voy a pasar eso por alto. ¿Qué sabes de Leslie?

—Lo mismo que todo el mundo, querido. Leslie venía aquí

algunas noches. Dormía, y luego se iba. Pagaba bien y no hacía preguntas. Por lo tanto, yo tampoco las tenía que hacer, ¿comprendes?...

—¿Nada más?

—Nada más que yo sepa, Richard.

Vacilé unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—¿A qué se dedicaba? ¿Lo sabes?

—No, no lo sé.

Introduje la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y de la cartera extraje un billete de cien dólares, billete que deposité encima de la mesita.

—Éste es mi presupuesto hasta final de mes, ricura —dije—. ¿Qué lugares frecuentaba Leslie Cameron?

Frunció el ceño, y sus ojos se clavaron en el billete, mientras lo hacía. Claramente vi cómo tragaba saliva. Luego desvió los ojos hacia mí y replicó:

—En el bar de Mike, Richard. Pero no digas que te lo he dicho yo.

—¿Dónde está eso?

—En esta misma acera, tres cuerdas más abajo. Me puse en pie.

—Gracias, encanto —dije—. Puedes quedarte con esos cien dólares, pero ahueca el ala de San Francisco si me has mentido.

Caminé hacia la puerta llevándola detrás, y la abrí. Salía al pasillo cuando ella dijo a mi espalda:

—¿Nos volveremos a ver, querido?

Me volví para mirarla. La mosquitera estaba haciendo de las suyas. Era lo mismo que si no la llevara. Respiré fuerte.

—Eso va a depender de ti, monina —dije. Caminé hacia la escalera sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO IX

El bar de Mike.

Tres cuadras más abajo.

Caminé lentamente pensando en las palabras que Ada me había dicho. Leslie Cameron o «Voz Ronca» eran una misma persona. Ada me mintió la primera vez porque tenía miedo o porque deseaba sacarme unos pocos dólares más.

Lo cierto es que le conocía desde un principio. Calló, como callaban todas las mujeres de su condición ante la policía, o ante un privado de poca monta.

Ahora sólo me quedaba saber una cosa. Una o varias. Pero la principal era averiguar por qué mataros a «Voz Ronca».

Bueno, el porqué ya lo sabía yo, o al menos lo sospechaba casi con absoluta certeza. Otra de las cosas que deseaba saber con absoluta certeza, era por qué me telefoneó, intentando venderme una información.

¿Cómo sabía «Voz Ronca» o Leslie Cameron que una mujer morena iba a morir aquella noche en mi apartamiento?

Esto era lo principal para mí.

Ahora me detuve. El bar estaba a mi lado. Con su sucio letrero encima de la puerta, denotando en él la poca imaginación que tenía su dueño, ya que rezaba lacónicamente:

BAR DE MIKE

Y nada más. Entré.

Un tabuco, un tugurio de mala muerte, pestilente y sucio. Vi a Mike casi en el acto.

Un tipo tan pestilente y tan sucio como el resto del bar, grasiento como una bola de sebo, y completamente calvo. Con menos pelo que una bombilla.

Me miró de través apenas si hube entrado, y continuó mirándome hasta que me acomodé en la barra.

Entonces fue cuando vi a los otros cinco tipos, sentados en torno a una de las mesas, al parecer bebiendo cualquier clase de veneno.

—¿Qué va a tomar?

La pregunta del tipo de marras me sacó de mis cavilaciones. Aparté los ojos del espejo y repliqué:

—Un *whisky*, pero del bueno.

—Será del mejor, místico —replicó lentamente. Y con no menos lentitud me lo sirvió.

Viendo que se iba a retirar de mi lado hice una seña y el calvo y grasiento Mike se detuvo mirándome fijamente.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí. Una pregunta. Hay un montón de dólares a ganar si contesta a ella, Mike.

—¿Cómo sabe que me llamo Mike?

—Un lerdo lo, sabría viendo el letrero de la puerta, amigo —repliqué—. ¿Voy con la pregunta?

—¡Suéltela! Veremos si puedo contestar a ella.

—Leslie Cameron —dijo lentamente.

El gordo y fofo Mike empezó a limpiarse las manos con el delantal. Por lo menos esto fue lo que intentó, aunque no era posible debido a la suciedad de éste.

Transcurrieron unos cuantos segundos de silencio, al cabo de los cuales replicó:

—No conozco a ningún Leslie Cameron, amigo.

—No son esas mis noticias. —Hice una pausa y añadí—: Era un tipo con la voz ronca. Lo mismo que si tuviera la tráquea llena de clavos oxidados. Un tipo que murió. Una prima suya me preguntó dónde vivía para recoger sus efectos personales antes del entierro, ¿sabe?

Los cinco tipos se estaban levantando.

Mientras se levantaban me llegó la respuesta de Mike:

—Ya le dije que no conocemos a ningún Cameron.

No tuve tiempo a decir nada más. A mi espalda sonó una voz

ronca y aguardentosa:

—Lárguese con viento fresco, amigo.

Descendí del taburete y me volví para mirarles.

Se estaban abriendo en abanico. Al parecer, preguntar allí por Leslie Cameron era peligroso. Al parecer también, los cien dólares pagados por una información habían servido para pagar una traición...

Ada me la había jugado limpiamente. Imbécil de mí, que debí pensar que ella telefonaría apenasirme yo.

Continuaban avanzando. Pegué la espalda contra el mostrador y con el brazo izquierdo me cubrí el estómago.

—Ya me oyó. ¡Lárguese de aquí ahora que puede!

El tipo era tan grande como un castillo medieval, y tan pesado como una locomotora de vapor.

Respiré fuerte.

—¿Por qué he de irme? —pregunté.

Nadie replicó. Calladamente continuaron avanzando.

Entretanto, Mike había ido al extremo del mostrador y con un trapo tan sucio como su delantal estaba limpiando los vasos. Tranquilamente. Como si no fuera a pasar nada.

Esto fue en lo único que pensé, o que me dejaron pensar por el momento, ya que el tipo aquel lanzó el puño sobre mí después de dar otro paso adelante.

Esquivé y se estrelló contra la madera del mostrador. Lanzó un gruñido mientras los otros cuatro se lanzaban todos a una.

Salté de costado y el mostrador crujió ahora de manera alarmante.

Vi una botella. La tomé por el cuello, justo cuando el puño del gigante me alcanzaba en un lado de la cara.

Abrí los brazos en cruz, sin soltar la botella, y empecé a dar vueltas y más vueltas, lo mismo que un tiovivo, hasta que me estrellé contra la pared del fondo del local, llevando al tipo detrás mío, y a los otros cuatro un tanto rezagados.

Me deslicé por la pared suavemente y sacudí la cabeza viendo cómo el gigante se lanzaba de nuevo encima de mí. Encogí las piernas y luego las disparé.

Voló materialmente contra los cuatro, y en el acto rodaron en confuso montón. Me puse en pie, cuando ya los cinco volvían a la

carga. Vi algunos cuchillos brillar en sus manos y esquivé la primera cuchillada, que me rasgó un trozo de chaqueta.

Disparé el brazo con la botella. El gigante lanzó un gruñido, pero no cayó. No lo hizo hasta que ésta se hizo astillas sobre su cabeza.

Un chorro de maldiciones se produjo dentro del tugurio.

En el acto los cuchillos brillaron de nuevo. Tres cuchillos y una automática. Me lancé de cabeza al suelo llevando la mano a la funda de la axila.

Fue a tiempo. Hubo un taponazo y en el acto, detrás mío, el cristal del espejo estalló en mil pedazos.

Disparé contra el de la automática. El «Colt» 45 semejó un cañonazo en el reducido espacio del tugurio, y el tipo se desplomó mirándose el súbito agujero que le había brotado en el centro del pecho.

Al segundo siguiente, la pelea terminó en el bar.

Me dejaron solo. Cuando me rehíce un poco, hasta Mike había desaparecido por la puertecilla de la trastienda.

No me detuve yo tampoco. Sin lanzar una mirada al cadáver del pistolero, avancé hacia la puerta y salí a la calle. En la acera apresuré el paso, doblé por la primera bocacalle, y entonces corrí buscando la esquina inmediata.

No deseaba por el momento habérmelas con la policía.

Alcancé la esquina, dejé de correr, y rápidamente, pero al paso, me encaminé hacia donde había dejado mi coche.

Me introduje en él sin contratiempo alguno y embragué. Tres cuartos de hora más tarde, me encontraba en mi apartamento, frente al teléfono, discando el número de Belle.

Casi en el acto oí su voz acariciante y llena de promesas.

—Soy yo, querida —dije—. Quedamos en que te llamaría hoy, ¿no?

—¡Oh, Richard! ¡Qué alegría! —replicó—. Estaba soñando en ti y ahora tú estás ahí. Es maravilloso.

Esperé a que terminara y cuando me dejó hacerlo repliqué:

—¿Cuándo podré verte?

—Hoy mismo, querido. Me invitarás a comer, ¿no?

—¡Claro! —repliqué—. ¿Dónde voy a buscarte? ¿A tu apartamento? Hubo una pausa que tal vez duró uno o dos

segundos. Luego, Belle replicó:

—No, querido. Te estaré esperando, sobre las doce y media en «Great Highway». Tengo que ir al Banco y luego asistir a una cita que me llevará poco tiempo. Por lo tanto, creo que lo mejor es que vayas adonde te —he dicho sobre las doce y media, ¿no?

—Iré, preciosa —repliqué, pensando en algo bien diferente.

—Te estaré esperando, querido.

Colgó y continué pensando en aquellos dos mil dólares que ella iba a sacar aquella mañana de su cuenta corriente.

Y continué pensando en ello hasta que repentinamente tomé una resolución.

De nuevo con el sombrero calado hasta las cejas, salí a la calle, pero ahora tomé un taxi. Belle podía conocer mi coche y aquello no me convenía en modo alguno.

Dentro del mismo me hice conducir a la Séptima Avenida, pagué la carrera y me estacioné frente al Banco, procurando esconder mi rostro entre las páginas del «Mirror». Al fin, cuando ya desesperaba, vi a Belle. Vestida igual que siempre, por no decir peor.

Descendió de su coche y sin apresurarse, pero moviendo provocativamente sus hermosas caderas, entró en el Banco.

Doblé el periódico y me introduje en un portal. Y hube de esperar cerca de un cuarto de hora antes de que ella abandonara el Banco. Miré en torno buscando un taxi, pero para suerte mía, no hizo falta, ya que Belle no se acercó a su coche.

Caminó apresuradamente por la acera opuesta adonde yo me encontraba, y, por lo tanto, no tuve inconveniente alguno en seguirla. Belle dobló por la primera esquina y crucé la calle para no perderla de vista.

Llegué justo a tiempo de verla entrar en un «snack bar». Me acerqué lentamente y miré por las amplias ventanas. No me fue difícil verla, sentada en un apartado rincón, con un tipo de oscuro pelaje.

Un tipo cuyo rostro de matón vulgar brillaba lleno de satisfacción, pensando que en la persona de Belle Casel había encontrado un filón inagotable.

Entré en el bar y me coloqué detrás de la cafetera. Desplegué el periódico, pedí café y clavé los ojos en la pareja.

La entrevista duró poco. Tan poco, que apenas si tuve tiempo de

beberme el café, cuando vi cómo Belle se ponía en pie.

Pasó por mi lado sin volver el rostro en uno u otro sentido, pero a juzgar por su expresión, la adiviné tan peligrosa como una canasta llena de víboras.

La dejé marchar. Por el momento, Belle no me interesaba. El tipo aquel era mi objetivo más inmediato.

Esperé. También fueron segundos. El tipo se puso en pie y avanzó hacia la salida.

Cuando la alcanzó, yo ya había pagado el café.

Fui detrás.

Hasta la primera boca del metro. Descendí con él, amparado tras el periódico. Sacó un billete en una de esas máquinas automáticas y ambos, el uno detrás del otro, tomamos el «subway».

Veinte minutos después alcanzamos el corazón del Chinatown. Entonces me retrasé un poco, pero no le perdí de vista mientras el tipo aquel me conducía por entre un dédalo de sucias callejas, hasta que repentinamente se detuvo frente a un portal.

Entré en otro.

Cuando asomé la cabeza para mirar, el tipo ya no estaba ante mi vista. Entonces avancé hacia el portal donde le había visto detenerse y subí por la estrecha y maloliente escalera.

Alcancé el segundo piso con el tiempo justo de ver como se metía en el interior de su madriguera.

Empuñé la «Colt» antes de empujar la puerta.

—Levanta las manos hasta el techo, precioso —dije apenas entrar.

Saltó de la cama donde se había sentado como si repentinamente hubiera visto junto a sus pies una bomba de mano a punto de estallar.

Algunos de los billetes se desparramaron por el cuarto, pero no hice caso a esto, si bien él los miró.

—¿Qué cuernos signifi...?

—Nada. Nada que no sepas —atajé—. Por lo pronto, te diré que voy a llevarme estos billetes. Alguien los necesita más que tú. Pero antes me vas a decir dónde escondes la mercancía que vendes, querido.

La maldición que soltó a continuación es algo completamente intranscribible. Por lo tanto, la pasé por alto y dije:

—Vamos, rata, recoge esos billetes.

Se inclinó hasta el suelo, alargó la mano, y entonces oí a mi espalda:

—Tira la chatarra, fisgón, o te abro un agujero en la espalda.

Sé que hubiera podido disparar contra el primer tipo y dejarle frito al instante, pero no lo hice. Estaba seguro de que su compinche me ultimaría a mí también en el segundo siguiente.

Por lo tanto, dejé caer la «Colt». Casi en el acto, el primer tipo le dio una patada y la lanzó bajo la cama. Al segundo siguiente recibí un golpe en la cabeza que me hizo clavar la rodilla en tierra.

Intenté zafarme del segundo, pero tampoco lo conseguí. El tipo que había a mi espalda me golpeó de nuevo y caí al suelo boqueando. Entre nieblas noté cómo los dos me levantaban para acto seguido sentarme en una de las sillas.

Noté vagamente cómo uno de los dos hurgaba en mi bolsillo. Luego exclamaba:

—Una pesquisa, Joe. Es un privado. Cuando vea a esa lagarta le voy a enseñar a no jugar con nosotros.

Me estaba recuperando. Por eso no oí la respuesta del otro. En mi mente no había nada más que una idea: la de recuperarme lo más pronto posible.

Pero no di sensación de ello. Al contrario, mantuve los ojos cerrados, aunque no del todo, y miré en torno.

Junto a mí, a mi derecha, había una mesita ratona, y en ella un vaso y una botella de gaseosa.

Apuntalé los pies en el suelo, crispando las manos, a la altura de los muslos, dispuesto a empezar la segunda parte de la «Operación Botella», ya que la primera la había empezado no hacía mucho, y no lejos de allí.

CAPÍTULO X

Repentinamente salté tomando de paso la botella por el cuello. El segundo tipo mantenía la pistola en la mano. Le golpeé. Gritó como una rata, pero no la soltó.

Le pegué de nuevo. Ahora en la cabeza. Se dobló, y estoy por asegurar que me pagó con creces lo que me había hecho.

Acto seguido encaré el primero de los dos tipos y le golpeé el bajo vientre cuando se lanzaba contra mí.

Perdió la respiración y con ella las ganas de luchar. Pero no me anduve con ganas de preguntarle si estaba en lo cierto o no, y le golpeé de nuevo.

Cayó a mis pies como un saco vacío.

Me incliné. Pero no fue para mirarle. Fue para empezar a recoger aquellos dos mil dólares.

Una vez lo hube hecho miré al primero de ellos. Un tipejo, aunque su cara fuera la de un cerdo matón. Entonces me aparté a un lado, busqué bajo la cama, tomé la «Colt», luego la artillería de los dos, y a continuación al pequeñajo, entre mis brazos.

Le llevé al lavabo. Allí le tiré al suelo, tomé después un cubo y lo llené de agua. A continuación lo vertí encima de su feo rostro.

Boqueó como pez fuera del agua, estornudó un par de veces y acto seguido hizo intención de ponerse en pie lanzando un chorro de maldiciones.

Le ayudé en el acto tomándole por las solapas de la chaqueta. Acto seguido lo lancé contra la pared de un par de bofetadas y después le encañoné con la «Colt».

—Arriba, rata —dije—. Deseo que me des esa mercancía, querido.

Se puso en pie. Luego, a una seña mía, avanzó hasta el «living».

Al llegar allí lancé una mirada al otro pistolero. Al parecer, la «Operación Botella» me había dado un resultado insospechado, ya que el tío no se movía.

—Vamos —apremié—. Tengo prisa.

Masculló unas cuantas maldiciones entre dientes y después se volvió hacia mí hasta encararme.

—No sé de qué me está hablando, fisgón.

Podía ser que estuviera diciendo la verdad, pero para comprobarlo le golpeé con el cañón de la «Colt» en medio de la mejilla izquierda, que era la que me venía de paso.

Cayó contra la pared y después se deslizó suavemente por ella hasta quedar sentado en el suelo.

—Vamos, amigo —apremié—. Sigo teniendo prisa... ¿Dónde está esa mercancía? No me digas que no sabes a qué me refiero porque te aso, rata.

Le prendí con una mano por la solapa de la chaqueta mientras que con la otra le clavaba el cañón de la «Colt» en el estómago. Boqueó y no me dijo que no lo sabía, sino todo lo contrario.

—Allí, en uno de los cajones de la mesa.

Me aparté de él y sin dejar de encañonarle fui adonde me indicaba. Tiré del cajón.

Frente a mí, el pequeñajo dijo:

—Está en un alargado sobre blanco.

Le vi de inmediato y le tomé con la mano izquierda. Lo abrí con algún trabajo, y creo que me ruboricé como un colegial cuando recibe un elogio de su maestra preferida.

Eran fotografías de ésas, y todas de Belle Casel. Y comprendí el interés de ella por pagar lo que pidieran para cerrar la boca a aquellos dos tipos.

Me las embolsé.

Hecho esto, encaré al renacuajo aquél.

—Vamos, querido —dije—. ¿Dónde están los negativos?

—No hay negativos.

Di un paso al frente y le golpeé, aunque esta vez fue con el puño izquierdo. Gimió antes de ir al suelo.

Desde allí repitió:

—No hay negativos. Las fotografías eran doce. A *mistress* Casel se le entregaron seis y el resto está aquí. No, no hay otra cosa.

Di un par de pasos hacia él y se arrastró por el suelo lo mismo que un gusano.

—Créame —dijo—. ¡No hay otra cosa que estas seis fotografías! Le miré atentamente.

El tipo me estaba diciendo la verdad. No cabía la menor duda de ello. Por lo tanto, caminé de espaldas en dirección a la puerta. Antes de llegar a ella, advertí:

—Cuando se levante ese gorila, dile que no se tropiece otra vez conmigo, o de lo contrario lo sentirá.

Cerré delante de mis narices sin darle tiempo a replicar. Luego, ya en el pasillo que conducía a la escalera, escuché. O una de dos: o no nos habían oído, o el vecindario estaba tan acostumbrado a las peleas que ya no hacía caso de ellas.

Fuera lo que fuese, éste estaba desierto. Por lo tanto, caminé tranquilamente hacia la escalera, descendí por ella y acto seguido fui hacia la estación del metro.

Media hora más tarde me encontraba frente a la casa donde Belle Casel tenía su apartamento.

Subí en el ascensor dándole las gracias al constructor por no haberme hecho la faena que el otro me hizo en casa de Ada.

El decimoctavo piso.

Dejé el ascensor y caminé por el pasillo hasta la puerta que daba acceso a su apartamento.

Llamé pulsando largamente el botón del zumbador sabiendo que Belle, cansada de esperar mi cita, ya debía de haber vuelto a su apartamento.

Pero no era así.

Nadie contestó a mi llamada. Por lo visto, Belle tenía otra cita, o yo le interesaba tanto que aún me estaba esperando en «Great Hihgway».

Tomé el llavero sin llamar por segunda vez. Unos segundos más tarde, la puerta de su apartamento estaba abierta ante mí.

Entré.

Lo Mee sin cerrar a mi espalda. No haciéndolo, siempre podía tener una excusa a mi favor.

Rectamente caminé hasta el «*living*», y entonces puse el sobre encima de la chimenea prefabricada que allí había.

Sonriendo, pensando en la cara que pondría Belle cuando las

viera, giré en redondo y fui hacia la puerta. No la alcancé. Belle en persona apareció en el umbral de la puerta.

Durante unos segundos, ambos nos miramos sin saber qué decir, hasta que reaccionando primero rompí el silencio que reinaba entre los dos.

—¡Cáscaras, Belle! —dije—. Tendrás que tener más cuidado con la puerta de tu apartamento. La encontré abierta. Ahora, después de decirte eso, debo pedirte perdón por haber faltado a la cita. La verdad es que no pude acudir. A última hora se presentó un amigo mío, y estuvimos hablando de negocios hasta hace diez o quince minutos. Los que he empleado en venir desde mi apartamento hasta aquí.

Antes de terminar con mi excusa, Belle ya estaba sonriendo. Luego avanzó unos pasos hacia mí.

—No importa, querido —dijo—. No importa, aunque me has hecho esperar cuarenta minutos. Luego, maldiciéndote, me vine hacia acá. Ahora todo pasó, ya estás a mi lado.

Me tendió los brazos y la enlacé con los míos, buscando sus frescos labios, mientras me decía que ojalá ella no descubriera el sobre. No era tan tonta como para no relacionarlo conmigo de inmediato.

No lo vio. Estaba más atenta a otra cosa que a lo que hubiera en torno suyo, y yo también.

Su perfume ofuscaba mis sentidos, sus caricias y besos también. En el mundo ya no había más que ella, hasta que repentinamente Belle se separó de mis brazos maldiciendo como lo que era, una cualquiera.

En el acto la tuve encima, pero de diferente modo. Sus manos abofetearon mis mejillas, y sus pies, calzados con zapatos de alto tacón y aguda punta se clavaron en mi espinilla.

Salté hacia atrás mirándola asombrado, y entonces tuve la explicación de su proceder. El tipo que la acompañaba el primer día que la conocí estaba allí, en la puerta, mirándonos a los dos como un basilisco. Por lo tanto, Belle hizo lo que correspondía hacer.

Se comportó como una asustadiza doncella, que defiende ante el traidor del cuento algo muy querido.

Esto lo pensé en menos de un segundo, pero al siguiente y sin que pudiera defenderme, el tipo se lanzó contra mí. El primer golpe

me alcanzó en la mandíbula.

Retrocedí unos pasos hasta que Belle introdujo una de sus hermosas y fascinantes piernas entre las mías y me vine al suelo. A continuación, y sin que pudiera evitarlo, ella misma me golpeó en la cabeza con una estatuilla de bronce.

Perdí el sentido antes de poder asimilar lo que verdaderamente estaba pasando en torno mío.

Cuando desperté estaba tendido encima de una cama y adiviné que era la de Belle. Completamente a oscuras. Lentamente intenté incorporarme mientras pensaba en la súbita actuación de la mujer.

Por lo visto, mi amiga la viuda no deseaba perder aquel segundo matrimonio.

Me puse en pie. La cabeza me dolía en forma horrible. Avancé hacia la puerta, y entonces fue cuando oí la voz de uno de los tipos, de uno de los dos chantajistas.

Trabajaban deprisa. Casi tanto como yo.

—Vamos, ¿dónde están las fotografías?

En el acto oí la respuesta de Belle.

—No sé de qué diablos me está hablando, amigo.

—No, ¿eh? Acaso me va a decir que tampoco sabe quién es el tipo que nos las quitó. Vamos, hermana, desembuche, que será mejor para todos. —Siguió una ligera pausa y el tipo aquel habló de nuevo—. Tú, Joe, registra su cuarto. Apuesto a que las tiene en el dormitorio.

Me pegué a un lado de la puerta, llevando la «colt» sujeta por el cañón.

Joe entró confiadamente. La puerta me ocultó a sus miradas, avanzó un poco y entonces le golpeé en la nuca con la culata. Hecho esto, alargué la mano para sujetarle y lo deposité blandamente en el suelo.

Avancé de nuevo hacia la puerta y miré.

Belle estaba allí, sentada en el sofá, al lado del tipo que me había golpeado. Al lado de su futuro marido, si es que era esto lo que se llevaba entre manos mi hermosa y explosiva rubia.

Frente a ellos, con la automática en la mano, estaba el otro chantajista.

Se impacientaba. Sus ojos iban de la puerta del dormitorio tras la que me ocultaba, a Belle y al otro tipo.

—¿Las encuentras, Joe?

Como cosa natural, Joe no contestó. El chantajista lanzó una rápida y fugaz mirada en torno, y entonces vio el sobre.

—Ya las tengo, Joe —dijo.

Retrocedió de costado, tomó el sobre y clavó sus ojos inquisitivos en Belle.

—Esto le costará aún más caro, preciosa —dijo—. Conmigo no se juega. Por lo tanto, si las quiere, tendrán que ser diez mil dólares por cada una, y hay seis.

Belle lanzó un gemido, y entonces hice mi aparición en escena.

—Será mejor que dejes esas fotografías, muchacho... *Mistress Casel* las necesita.

En el acto lanzó una exclamación y giró el cañón del arma hacia mí. Disparé primero.

Era lo único que podía hacer y lo hice.

El chantajista soltó la automática, lanzó una maldición y luego se miró el brazo, ya tinto en sangre, en el lugar por donde le había entrado el proyectil.

En el acto, Belle se lanzó sobre las fotografías, pero su pretendiente llegó antes.

Tomó el sobre y lo abrió. Belle gimió mientras la faz del tipo aquel tomaba el color de la púrpura y yo continuaba apuntando al chantajista procurando también no perder de vista la puerta del dormitorio.

Y ocurrió lo que yo esperaba. El tipo tiró las fotografías encima de uno de los sillones, miró a Belle de pies a cabeza, y acto seguido giró hacia la puerta.

Belle le llamó:

—Horacio, querido...

Se volvió con la mano en el tirador de la misma.

—La boda, Belle, queda aplazada en forma definitiva.

Salió mucho antes de que ella pudiera decir palabra, en vista de lo cual Belle se encaró conmigo.

Pero yo estaba mirando al chantajista.

—Joe está durmiendo ahí dentro, amigo —dije—. Ve por él, reanímale, y a largarse de aquí antes de que se me ocurra llamar a la policía.

Con la mano sobre el brazo herido, mirándome de través, el tipo

caminó hacia el dormitorio.

Fui detrás. Joe ya se estaba levantando cuando llegamos. Le apunté a la cabeza.

—Vamos, rata —dije—. ¡Largo de aquí!

Se puso en pie y me aparté de la puerta sin dejar de apuntarle.

—¡Vamos, fuera!

Caminaron hacia la puerta llevándome detrás. Unos segundos después, sin que ninguno de ellos hubiera pronunciado una palabra, lo que era peor que si lo hubieran hecho, les vi caminar por el pasillo hacia el ascensor.

Cerré, guardé el «Colt» y me volví para enfrentar a Belle, cuyos ojos eran una llama de inextinguible cólera.

—Sucio... —barbotó—. Cerdo... Me ha hecho...

—Debieras estarme, agradecida, monina —atajé secamente—. Por lo menos te he librado de una pesadilla, ¿no?

La respuesta de Belle fue un chorro de maldiciones. Luego saltó hacia donde estaba la estatuilla de bronce, por lo que opté por dar media vuelta y desaparecer.

Alcanzaba el ascensor, cuando hasta mí llegaron sus maldiciones. Lentamente, sin hacer caso, pulsé el botón de llamada y esperé.

CAPÍTULO XI

Llamé a Phil apenas llegar a mi apartamento.

—¿Algo nuevo, Phil? —pregunté.

—Nada.

Hice una pausa, y acto seguido pregunté de nuevo:

—¿Han identificado a la morena?

—¿A qué morena te refieres?

—Perdona. Olvidé que tú no lo sabías. —Y mentalmente felicité a Sheila que había callado aquello—. Se trata de la mujer que encontraron muerta en la carretera de la costa, junto a los acantilados. Vi la reseña del hecho en los periódicos. ¿Podrías averiguarme algo, muchacho?

—Sí, claro. Pero ¿qué diablos tienes tú que ver en eso? ¿No tienes bastante con la familia Farrell?

—Hazlo lo más rápidamente posible, Phil —fue lo que repliqué un segundo antes de que el timbre de la puerta de la calle empezara a sonar.

Entonces colgué sin esperar respuesta y fui a abrir. Era Sheila. Tan preciosa como siempre.

Entró sin decir palabra, miró en torno, fue hasta el «*living*» y desde allí clavó los ojos en la cerrada puerta de mi dormitorio.

—¿Se puede saber qué estás buscando, Sheila? —pregunté. Me miró intensamente y luego replicó:

—Otro cadáver. Por eso he venido. Por si tenía que ayudarte de nuevo a trasladarlo de lugar.

Acto seguido se quitó la estola con que se cubría sus redondos y blancos hombros y se dejó caer en uno de los sillones. Se retrepó contra él, y por primera vez, cuando sus senos se marcaron fuertemente bajo la tela del vestido, comprendí que Sheila llevaba

razón cuando afirmaba que ya era toda una mujer.

Y aún lo comprendí más cuando levantó la pierna derecha para acto seguido cabalgarla sobre la izquierda.

—¿Me invitas a algo de beber, querido? —preguntó.

Sin replicar fui al mueble bar y luego al frigorífico. Con dos vasos de *whisky* en las manos acudí a su lado y me acomodé frente a ella, mirándola.

—¿Cuándo nos casamos, Richard? —preguntó después de beber un poco. Con lo que yo respingué sobre el sillón sin poderlo evitar.

Luego repliqué:

—Escucha, preciosa: ¿por qué no hablamos de otra cosa? Abrió mucho los ojos y luego preguntó:

—¿De qué? ¿De cadáveres?

—¿Y por qué no?

—Tú lo que quieres es explicarme algo, y que yo te de mi opinión sobre ello, ¿no? O en su defecto, que yo te pregunte por tus asuntos, y de esta forma aclaras las ideas, ¿verdad? Si estuviéramos casados, no tendrías que esperar a...

Llevaba parte de razón, ya que eso era lo que quería, aproximadamente.

—Está bien, tú ganas, Sheila —repliqué—. ¿Quién empieza primero?

Era el mismo juego que ambos habíamos representado multitud de veces, cuando ella era casi una niña.

—Empezaré yo, querido —replicó de inmediato—. ¿Qué has conseguido?

—Hasta ahora muy poco, muchacha. Tan poco, que puede ser nada. ¿Entiendes?

—¿Quieres decir que no sabes aún ni tienes la más ligera sospecha de quién es la persona que intenta asesinar a *miss* Cherry Farrell?

—Poco más o menos así es —repliqué.

—¿Belle? ¿Qué has averiguado de ella? Se lo dije y ella preguntó:

—¿A qué nos conduce esto?

—Positivamente a nada. Belle puede ser la sospechosa ideal si se tiene en cuenta que está completamente arruinada. A ella le vendrían bien esos tres millones de dólares, ¿no?

—Y a mí también, querido, y a pesar de ello, yo no pienso asesinar a nadie.

—¡Eres única para dar ánimos, muchacha!

Sonrió levemente, descabalgó la pierna, respiró fuerte, y replicó:

—¿Qué hay de ellos?

—Phil está trabajando en eso. Mejor dicho, él me dio la información. Todos gozan de una estupenda posición, ricura.

Sheila quedó pensativa unos cuantos segundos y después murmuró suavemente:

—Alguien quiere matar a Cherry Farrell, y en cambio muere una de sus doncellas. Después, alguien mata a una chica morena en tu apartamento e intenta que seas tú el que se tueste en la silla eléctrica. Esto es completamente descabellado, ya que el tipo en cuestión pudo ultimarte sin más, aprovechando que la tipa te desmayó, y sin embargo, no lo hace. ¿Por qué?

Creí que continuaría hablando, pero Sheila calló mirándome intensamente con sus grandes y maravillosas pupilas fijas en mis ojos.

Repliqué, viendo que callaba:

—Sobre el asesino de Cherry Farrell aún no puedo decirte nada, encanto. Ahora bien, sobre lo otro, creo que ya sé quién es, así como el motivo que tiene para desear que yo me siente en la silla eléctrica.

Se puso en pie y vino a mi lado. La imité, y ambos nos miramos fijamente por espacio de varios segundos.

Fue ella la que preguntó:

—¿De verdad? ¿Y quién es?

—Permite que me lo calle por ahora, preciosa... —dije.

—¡Oh, Richard! No seas malo, querido. Y me echó los brazos al cuello.

Durante unos cuantos segundos luché por apartarla de mí, hasta que finalmente sucumbí a su encanto, y correspondí a la caricia tal como ella quería, dejándome llevar.

Y aquella vez también alguien nos separó. Fue una tosecita discreta la que hizo que Sheila se separara de mis brazos casi con violencia.

Después, ambos al unísono nos volvimos.

Cherry Farrell, llevando una escotada blusa y unos cortísimos

«shorts», con las hermosas y largas piernas al desnudo, nos contemplaba desde la puerta del «living», con el semblante inexpresivo.

El rostro de Sheila se coloreó intensamente, luego dio media vuelta, tomó la estola y su bolso, me enfrentó y dijo:

—Supongo que será una visita de negocios, querido. Por lo tanto, ya nos veremos cualquier día.

Dio media vuelta y Cherry se apartó de la puerta para dejarla pasar. Unos segundos más tarde oímos la de la calle al cerrarse, y ambos quedamos frente a frente.

Fui yo el primero en hablar.

—Siéntese, *miss* Farrell —dije—. Luego miré la puerta por donde acababa de desaparecer Sheila, y añadí. —Sheila es una buena chica. Amiga mía desde hace algunos años. Es una chiquilla que se ha creído...

—No es tan chiquilla, según he podido ver, míster Allan. —Y recordé que antes me llamaba Richard—. Por otra parte, puede ahorrarse explicaciones que no le he pedido.

Callé.

Callé sin replicar a aquellas palabras y esperé a que se sentara. Cherry lo hizo en el sofá, y acto seguido se retrepó contra el respaldo del mismo cabalgando una pierna sobre la otra.

El espectáculo fue sencillamente impresionante, por lo que desvié la mirada hacia otra parte.

—Usted habla, *miss* Farrell —dije mientras ahora me encaminaba hacia el mueble bar—. ¿Quiere beber algo?

—Sí. Un *whisky*.

Preparé dos y regresé a su lado.

Le di uno. Calladamente empezó a beber mientras me miraba por entre sus entornadas pupilas.

Después depositó el vaso a su lado, lentamente, muy lentamente, y entonces dijo con más lentitud aún:

—He venido a que rescindamos el contrato, míster Allan.

Por suerte estaba de pie. De haber estado sentado, el respingo sobre el sillón hubiera sido fenomenal.

—¿Ya rió le interesa descubrir la identidad del hombre que intentaba matarla, *miss* Farrell? —pregunté después de haberme serenado un tanto.

—Nadie quería matarme, míster Allan —fue su desconcertante respuesta—. Si mi doncella Alice Forrester murió asesinada, fue sencillamente porque ella debía morir y nada más. No, no fue una equivocación del asesino como pensé en un principio.

Avancé de costado hasta el próximo sillón y me dejé caer en él. Bebí lentamente hasta mediar el vaso, y sin soltarlo, pregunté:

—¿Cómo está ahora tan segura de ello, *miss* Farrell?

Sonrió, y como siempre que lo hacía en mi presencia, noté cosquillas en la nuca.

—Esta mañana estuvo a verme en mi casa el hermano de Alice. Vino de Chicago, míster Allan. El dijo que era un asesinato.

—¿Se lo dijo así?

—No en estas palabras, pero me lo dio a entender. Dijo que no se había sorprendido de la muerte de su hermana porque era algo que ya esperaba. Habló algo de drogas también.

Salté sobre él asiento.

—¿Drogas? —pregunté.

—Sí. Por lo menos eso es lo que me pareció a mí. Fue como si quisiera darme a entender, de una manera velada, que su hermana había sido asesinada por causa de las drogas, ¿comprende?

—Sí, un poco —repliqué cautamente—. ¿Dónde vive ese tipo? Supongo que lo sabrá, ¿no?

Lo sabía. Y no tuvo inconveniente alguno en darme las señas.

—En un hotel de California Street —dijo—. Habitación 48.

Bebí de nuevo antes de replicar. Cuando lo hice fue con una pregunta.

—¿Empleó la palabra «asesino»? ¿Está segura de ello, *miss* Farrell?

—Sí. Aunque estaba mareado, un poco mareado, ésa fue la palabra que empleó. Por lo tanto, resumiendo, nadie quiere matarme a mí, ¿no es eso?

—Visto de ese modo, así es —repliqué—. Pero sí quiere un consejo, espere a que le haga una visita al tipo ése.

—De acuerdo —replicó—. Esperaré hasta que usted me lo diga. ¿Tiene un cigarrillo? Se lo di. Y nunca he visto a una mujer fumar de manera más elegante que ella.

Fumaba en silencio, pensativa, como dudando de algo, preocupada. Entonces, en vista de su silencio, dije:

—Vamos, suéltelo de una vez, *miss Farrell*. Abrió los ojos y me miró con asombro.

—Es que... —vaciló—. Es que no sé si debo o no. Puede que sólo sea una tontería mía.

—Bien, dígala y ya veremos.

—Se trata de una amiga de mi familia. El matrimonio Brando. Ellos tenían una hija. Por causa de las drogas la internaron. Creyeron que estaba curada y la llevaron a casa. Joyce reincidió en las drogas y hace unos días se suicidó.

—Y como cosa natural lo hizo sin decirle a nadie quién le suministraba las drogas, ¿no?

—No, no ha dicho nada.

—Ningún habitual a la droga lo dice en su primer período de cura, *miss Farrell* —repliqué—. Tienen miedo de ellos mismos. Saben que, de hablar, si vuelven a necesitarla, ya no encontrarán a quien se la suministre. Por eso callan. —Hice una pausa y luego pregunté—: ¿Eso es todo, *miss Farrell*?

Me miró largamente y al fin musitó:

—No, no es todo. Mi amiga Priscila Davison también tiene una hija en las mismas condiciones. Ahora la muchacha está en la casa. Ésa sería una posibilidad, pero Doris no quiere hablar. Se ha intentado por todos los medios, y no quiere. He recordado todo esto, por las palabras que pronunció Tex Forrester.

Sabía lo que deseaba de mí, aunque no lo hubiera dicho. Por lo tanto la miré atentamente, cerrando los puños a mi espalda, ya que de nuevo experimentaba el deseo de estrecharla entre mis brazos y besarla, y repliqué:

—Voy a ir a ver a Forrester, *miss Farrell*. Después, si usted quiere, iremos a hacer una visita a la familia Davison.

Su mirada de agradecimiento fue la mayor recompensa que pudo ofrecerme aquélla sin igual mujer, de belleza incomparable.

—¿Habrá acabado a las ocho de la noche, *míster Allan*?

—Sí —repliqué.

Se puso en pie tendiéndome la mano.

—Entonces le espero en mi casa a esa hora. Consulté el reloj.

—De acuerdo. Iré a buscarla.

Después la acompañé hasta la puerta.

CAPÍTULO XII

El hotel Mogambo estaba en California Street, tal y como Cherry me había dicho.

Eran las seis de la tarde cuando llegué a él. Pasé al interior y sin acercarme al «comptoir», me encaminé hacia la estrecha escalera situada al fondo.

Empecé a subir por ella llevando el «Colt» en el bolsillo derecho del pantalón.

Uno nunca sabe lo que puede suceder en un momento dado, y por lo tanto, siempre me gusta ir prevenido a todas partes.

Alcancé el cuarto piso, siempre mirando las numeraciones.

Allí estaba, en aquel tortuoso y oscuro pasillo. Me detuve frente a la puerta y llamé con los nudillos. Repetí el golpe unos cuantos segundos más tarde y entonces oí la voz de Tex Forrester.

—Empuje la puerta. Está abierto.

Lo hice. Entré y la cerré a mi espalda.

Tex Forrester era un tipo alto, rubio, y con todo el aspecto de un cargador de muelle.

Estaba tendido materialmente sobre la cama, y a su lado había una botella de *whisky* casi vacía. Su voz era estrepitosa cuando dijo:

—Vamos, desembuche y lárguese pronto. ¿Qué quiere?

Por toda respuesta, me dejé caer sobre una silla, miré la botella de *whisky* y repliqué:

—Miss Farrell habló conmigo de usted. ¿Puede darme un trago?

—Beba lo que quiera. En cuanto a miss Farrell, no debió decirle nada. Sé cuidarme solo.

—Lo supongo. Pero usted habló de un asesinato. Dijo que asesinaron a su hermana, ¿no?

—Seguro.

—¿Sabe quién es el asesino?

—Pásame la botella, ¿quiere? Se la di y bebí un trago.

—¿Quién asesinó a su hermana? —pregunté mientras bebía.

Terminó de hacerlo, y a continuación, sin pronunciar una palabra, el tipo me disparó la botella.

Esquivé y ésta se hizo astillas contra la pared, a mi espalda. Salté sobre él, pero Tex Farrell ya no era hombre para mí ni para nadie, por lo menos en aquel momento.

Completamente dormido a causa del alcohol, estaba representando sus Días Sin Huella.

Le dejé con la representación y empecé a registrar el cuarto. Éste no me ofreció nada de interés. Su ajada maleta, el contenido de la misma, tampoco.

Por lo que opté por registrarle a él.

Sus papeles, un puñado de dólares, y una carta. La saqué del sobre y empecé a leer el contenido.

Era de Alice, su hermana.

Y la había escrito la misma noche en que la mataron.

En ella se desprendía que había tenido relaciones íntimas con un tipo que conocía la identidad del tal, y que podía sacarle un buen montón de dólares por cerrar la boca.

Pero la pelirroja y hermosa Alice Forrester no había contado con la respuesta del tipo, que había llegado a ella de una forma harto expeditiva.

Ahora el hermano estaba allí, en San Francisco, y procedente de Chicago, según me había dicho Cherry, y sabía a qué había venido. El también conocía al misterioso x, y lo mismo que antes intentó Alice, él también pensaba intentarlo. A costa de la muerte de su hermana, intentaba forrarse de billetes.

Sentí asco de él y de tanta inmundicia, por lo que me guardé la carta en el bolsillo, lancé una mirada en torno por si me olvidaba de algo, y abandoné la habitación.

Después, el hotel.

En la calle, ya en el interior de un taxi que detuve, consulté el reloj.

Las seis y media. Se me ocurrió que debía ir a mi apartamento a descansar un poco. La noche prometía ser movida.

Quedaba hora y media. Por lo tanto, sintiéndolo en el corazón,

dije al taxista que me llevara a cualquier bar de los muchos que había en Park Presidio Drive, y allí, frente a un *whisky* doble con mucho hielo, me estacioné hasta las siete y media, pensando.

En una doncella asesinada. En un tipo que quería que yo me friera en la silla eléctrica. Un tipo que, para cerrar su trampa en torno mío, no había vacilado en sacrificar a su amante, y yo sabía por qué.

Finalmente en Cherry, en los familiares de Cherry, y en aquellas drogas que aparecían frente a mí de un modo impensado, pero no menos brutal.

En Sheila enamorada de mí. En todo lo de Sheila, y en todo lo que tenía encima de sí misma, mi querida y fantástica pelirroja.

Pero aquellos pensamientos no ponían en claro el caos que había en mi mente, sino todo lo contrario.

Eran las siete y cuarenta y cinco minutos cuando tomé un nuevo taxi que me condujo hasta la misma puerta de la mansión de los Farrell.

Igual que siempre, me recibió el estirado mayordomo, que no me dejó abrir la boca, ya que empezó a hablar apenas abríme la puerta.

—Pase por aquí, míster Allan —dijo—. *Miss Farrell* no tardará en aparecer.

Me condujo hasta una coqueta y lujosa salita de estar, me indicó uno de los sillones y una vez que me hube sentado, preguntó:

—¿Desea algo para beber, míster Allan?

—Un *whisky* —repliqué—. Es lo mejor para esperar un poco.

El mayordomo se alejó. Cuando regresó a mi lado, llevaba una bandeja con dos altos vasos más que mediados de *whisky*, una botella casi llena, y una pequeña cubeta con cubitos de hielo.

Lo depositó todo encima de la mesita ratona que había a mi lado, diciendo:

—*Miss Farrell* también tomará algo con usted, míster Allan. —Hizo una ligera pausa, y agregó—: ¿Desea algo más?

Repliqué que no, y acto seguido me dejó solo. Un cuarto de hora más tarde, apareció Cherry.

Respiré con dificultad al verla. Ahora no llevaba los «*shorts*», pero resultaba mucho peor. El vestido era blanco, ceñido sobre los senos, y formaba amplia capa desde la estrecha cintura hasta las

magníficas rodillas.

Las piernas, hermosas cien por cien, iban enfundadas en caró nylon, y los pies pequeños, como los de una muñeca, calzados con zapatos de más de ocho pulgadas de tacón.

Suspiré y sonrió mientras se acercaba a mí, andando mucho peor que pudiera hacerlo Belle Casel.

Me puse en pie para recibirla y de inmediato tomé su mano entre las mías. La llevé a uno de los sillones, donde se sentó. Le ofrecí el *whisky*, y mientras lo hacía pregunté:

—¿Vamos a la Ópera o a casa de su amiga, *miss* Farrell?

Me dedicó una segunda sonrisa que me hizo perder el poco resuello que me quedaba.

Luego replicó, y con su réplica lo perdí del todo.

—Cuando nos casemos, Richard, ya verá como a mí siempre me gusta ir a todas partes, mejor que las demás.

No supe qué contestar. No podía tampoco, ya que empecé a aspirar aire unos cuantos segundos después, segundos que ella aprovechó para ponerse en pie.

Hecho esto, y mientras por todos los medios intentaba recuperarme, ella preguntó:

—¿Nos marchamos, Richard? Sólo acerté a decir que sí.

Luego, cuando me recuperé por completo, estaba junto a ella, acomodado en la parte delantera de su coche, sin pronunciar palabra, al parecer mirando su perfil mientras conducía, como si no la hubiera visto nunca.

Cherry me llevó hasta el 618 de Skyline Boulevard, frente a cuya puerta aparcó su moderno y rápido descapotable.

Sin pronunciar palabra descendimos de él, cruzamos la calle y entramos en el portal. Fue entonces cuando *miss* Cherry musitó en mi oído, mientras su aliento cálido y enervante me lo acariciaba:

—Todavía no ha contestado a mis palabras, Richard —dijo. Y añadió—: ¿Cambiaría la situación si usted me besara, querido?

Lo dijo así, con absoluta tranquilidad, como sin darle importancia. Y aquello no fue lo peor, ni mucho menos. Lo peor vino al siguiente segundo, cuando me ofreció los labios.

La enlacé por la cintura. ¡Una mujer como ella! ¡Una verdadera dama! Aquí perdí la noción de todo.

Cuando la recuperé, Cherry y yo, llevándola enlazada por la

delicada cintura, estábamos entrando en el ascensor.

Ella misma pulsó el botón de arranque, y luego, sin pronunciar palabra alguna, vino de nuevo a mis brazos.

Cuando separé mis labios de los suyos, ambos estábamos en el decimonoveno piso, sin respiración.

Luego ella, mediante un esfuerzo, tiró de mí hacia el pasillo, musitando:

—Eres un granuja, Richard. Pero me gustas. Por casarme contigo, daría toda mi fortuna.

No repliqué. Aquello del matrimonio tenía que pensarlo mucho. Tal vez demasiado. Y Cherry, como si adivinara algo de lo que estaba pensando, añadió:

—No te preocupes por eso, que no voy a pedirte nada a cambio de mis besos. Ahora, por lo pronto, vamos a ver a los Davison. Y si consigues hacer hablar a Doris, podrás pedirme lo que quieras, que no te lo negaré, Richard.

La comprendí aun sin mirarla. Cherry decía en aquel momento lo que sentía su corazón. Había sufrido mucho en aquellos días. A nadie le gusta saber que hay alguien que le quiere asesinar, y mucho menos ignorar el lugar de dónde puede salir, y el momento en que puede aparecer la muerte.

Y añadió, antes de que yo pudiera replicar:

—Hemos llegado.

Miré. Frente a mis ojos tenía el número 318. Apartamento 318. Esperé mientras ella se adelantaba, con todos los nervios en tensión.

Cherry pulsó el botón del zumbador.

Tres segundos después, la puerta se abrió. Nada más que por la expresión del hombre que apareció ante nuestros ojos, comprendí que Cherry ya había hablado con él y que el tipo sabía quién era yo y a lo que iba allí.

Su esposa también me dio la misma impresión que él, mientras que correspondía a nuestro saludo.

Cherry fue al grano una vez que nos hubimos sentado en la pequeña pero elegante sala de estar.

—¿Y Doris?

La respuesta corrió a cargo de Davison, quien se encaro conmigo.

—Por ahí dentro anda, míster Allan. Y francamente no creo que

consiga nada. Nadie ha conseguido nada con ella.

Le di la misma explicación que anteriormente le diera a Cherry, y añadí:

—Llámela. Veremos si yo consigo algo.

Alma Davison se puso en pie a una señal de su marido, luego se enfrentó conmigo y murmuró:

—La llamaré, míster Allan, pero sé que será trabajo perdido. Doris está asustada, o simplemente teme no estar curada del todo tal y como usted ha dicho. No hablará.

Salí sin darme tiempo a replicar, y nosotros nos miramos en silencio, silencio que sólo se rompió cuando ella reapareció en compañía de Doris.

Una jovencita de no más de diecinueve años. Un bombón de mujer, si no fuera porque la belleza de su rostro estaba un tanto marchita. Me miró con sus grandes y almendrados ojos pardos, y vi cierto temor en ellos.

—Mamá me ha dicho que usted quiere hablarme... —comenzó por todo saludo—. ¿Qué es lo que desea de mí?

Me puse en pie y miré a los demás. Enfrenté a Davison.

—Si no tiene inconveniente alguno, desearía hablar con ella a solas. Me miraron.

Mistress Davison y Cherry con algo de inquietud en los ojos. Davison, padre, con una impasibilidad que sólo era una máscara, y la propia Doris con algo de miedo.

Ninguno de ellos dijo nada. Y así, en el más completo silencio, fueron abandonando la habitación.

Quedamos solos Doris y yo, frente a frente. Con un ademán le indiqué que se sentara.

—Si no le molesta, prefiero estar de pie, mister Allan —replicó.

—Como quiera. ¿Un cigarrillo?

—No. Apenas si fumo. —Hizo una pausa, durante la cual no dije nada, y después añadió—: ¿Qué desea de mí, míster Allan?

—Sólo unos nombres. Tal vez uno solo —repliqué—. Quiero que me diga quién le suministraba a usted la droga, Doris.

La expresión de sus ojos cambió como por ensalmo. En menos de un segundo se volvieron tan inexpresivos como todo su rostro. Luego replicó lentamente:

—Hace tiempo que murió. Casi... a los pocos días de que me

internaran.

Aquello era una mentira como una catedral, una mentira que ya esperaba, y por lo tanto, no me desanimé.

—Escuche, preciosa —dije—. A diario mueren miles de personas por causa de las drogas, ¿comprende? Últimamente, por causa de ellas, murió la doncella de *miss* Farrell, y *miss* Farrell es amiga de sus padres de usted. Haga memoria, ¿quiere? Es sólo un nombre lo que le pido.

Durante unos segundos noté cómo luchaba consigo misma, pero no la ayudé en modo alguno. Aquella batalla la tenía que hacer completamente sola.

Finalmente, al cabo de unos segundos de duda, replicó:

—Lo siento, míster Allan, pero le he dicho la verdad.

Pensé rápidamente. A nadie le gusta ser derrotado por una muñeca de diecinueve años, y a mí tampoco me gustaba.

Y recordé a Joyce Brando. Una muchachita que se había suicidado por causa de las drogas.

—¿Por qué no habla, Doris? —pregunté de pronto—. ¿Quiere que le pase lo que a su amiga Joyce Brando?

Frunció el ceño, y a continuación formuló la pregunta que yo esperaba:

—¿Qué le ocurre a Joyce?

Sé que fui brutal, pero no tuve más remedio que hacerlo.

—Joyce se drogaba igual que usted, Doris. Ella también creyó que se había curado del todo, pero no era así. Ella, en contra de usted, que ya lo está, tuvo que reincidir en las drogas. Resultado, que días pasados se suicidó. ¿Quiere acabar como ella, Doris? ¿Quiere que continúen esta serie de asesinatos? Porque no le quepa duda de que aunque Joyce se suicidó, no deja de ser un asesinato. Me comprende usted, ¿verdad?

Vi cómo de nuevo luchaba consigo misma, y tampoco la ayudé. Finalmente, Joyce replicó:

—Me está usted mintiendo, míster Allan.

—No. Le estoy diciendo la verdad.

De nuevo luchó consigo misma y nuevamente callé, esperando.

Ahora fue poco. Repentinamente, Doris se dejó caer sobre uno de los sillones y me miró fijamente, cabalgando una pierna sobre la otra.

Y tenía buenas piernas, palabra. Luego, dijo:

—Deme un cigarrillo, ¿quiere? Se lo di.

Lo encendió y empezó a fumar pensativamente.

CAPÍTULO XIII

Un silencio largo y pesado se extendió entre los dos, hasta que finalmente, y casi cuando mediaba el cigarrillo, Doris musitó quedamente:

—Era una mujer, míster Allan. Una mujer llamada Ada Cummins o algo por el estilo. No, no estoy segura del apellido. Ni siquiera sé dónde vive, aunque frecuenta o frecuentaba un bar de la calle Market Street.

No, Doris no mentía, pero yo sí sabía dónde vivía Ada.

¿Qué extraña casualidad me llevó una noche a invitarla?

Era una pregunta que no tenía respuesta, pero que no hacía falta alguna. Y mientras pensaba en aquello oí la voz de Doris:

—¿Le dice eso algo a usted, míster Allan? Sonreí.

—Sí. Tal vez —repliqué.

En el acto di media vuelta y salí de la habitación. Unos segundos después me enfrentaba con sus padres y con Cherry.

Fue ella la que preguntó:

—¿Y bien, Richard?

Repliqué, pero fue encarando a Davison.

—Le felicito, míster Davison —dije—. Tiene usted una hija muy valiente.

Los ojos de las tres personas que me enfrentaban reflejaron estupor y de nuevo di las gracias. Luego, Sherry y yo nos fuimos. Y ella no habló hasta que estuvimos en la calle.

—¿Cómo te las compones. Richard? —preguntó—. ¿Es que siempre sacas lo que quieres de las mujeres?

No repliqué hasta que estuvimos dentro del coche.

—Siempre no, Cherry —dije sencillamente. Pero ella me entendió en el acto.

—¿Te refieres a mí?

La miré de frente. Era hermosa, aunque esto sea repetirlo una y otra vez. Muy hermosa.

—Sí, Cherry —repliqué; aun en contra de mis propias convicciones—. Porque si no fueras tan rica, te pediría en matrimonio. No lo hago, porque no quiero que la gente diga que si me casé contigo fue por esos tres sucios millones de dólares.

No replicó.

No lo hizo hasta que no nos vimos en su apartamento, con sendos vasos de *whisky*. Y lo hizo de una manera que me sorprendió.

—¿Te decidirías si te besara de nuevo, Richard? La entendí en el acto, pero lo que repliqué fue:

—Confieso que no te entiendo, monada.

—A que me pidas en matrimonio, tonto —replicó, riendo.

—Pues no lo sé.

Se levantó del sillón y vino hacia mí con toda sencillez. Me puse en pie para recibirla soltando el vaso sobre la mesita ratona. A continuación la prendí por la cintura y busqué sus labios de coral.

Luego, un rato después, mucho más tarde, ella susurró en mi oído:

—Ahora tendrás que casarte conmigo, Richard. No repliqué. No podía.

Dejé la compañía de Cherry bastante tarde. Tal vez demasiado para lo que pensaba hacer. Para lo que quería hacer antes de que terminara la noche.

Ambos habíamos perdido la cabeza. Sus caricias, sus besos, su todo, me la habían hecho perder a mí por primera vez en la vida. Ahora, tal vez fuera demasiado tarde para hacer lo que deseaba.

Fuera ya de su mansión, me encaminé lentamente a su garaje llevando en la mano el manojito de llaves que ella me había dado. Tomé el descapotable y conduje rápidamente, abriéndome paso con dificultad por entre el intenso tráfico, hasta Market Street.

Pero el bar, aunque un tanto lleno a aquella hora, no me mostró la faz de Ada Cummins. Ada no había ido aún.

Consulté el reloj. Era temprano. Tal vez lo era para ella, ya que se trataba de una pájara de la noche.

Tomé un *whisky* que me produjo náuseas y de nuevo me situé

frente al volante.

Quince minutos más tarde aparqué el descapotable frente al edificio donde Ada tenía su apartamento, crucé la calle, entré en el portal y subí rápidamente la escalera.

Pulsé el zumbador.

Ada misma, igual que la otra vez, me abrió la puerta.

—¡Cuernos, pesquisa! —dijo al verme—. ¡Usted otra vez!

La empujé a un lado y pasé dentro. En el acto ella cerró a nuestra espalda y vino detrás mío. Me alcanzó en el «*living*».

—Pero, escuche... ¿Qué diablos se ha...?

La atajé con un seco ademán. Luego me dejé caer en uno de los sillones, permití que mi mirada patinara sobre su hermosa figura y a continuación repliqué:

—Tenemos que hablar los dos, muñeca.

—De acuerdo. Desembuche pronto, que tengo una cita.

—La tienes conmigo ahora, nena —dije—. Por lo tanto, escucha, que es interesante.

Se sentó mirándome con expresión un tanto socarrona. Vestía como la primera vez que la vi, y, por lo tanto, la mosquitera, también como la primera vez, se abrió a ambos lados de sus piernas, pero el fantástico espectáculo no me fascinó ni mucho menos.

Había algo mucho más interesante que tratar, por el momento.

—¿Y bien, pesquisa? —preguntó.

Esperé unos segundos antes de replicar. Cuando lo hice, fue avanzando hacia ella. Un par de pasos y luego me detuve, rozándola.

—¿Quién te facilita la droga, preciosa?

Su expresión no cambió, pero el tono de su voz sí. Fue algo tan ligero que apenas si me di cuenta de ello.

—No le entiendo, pesquisa —replicó. Procuré armarme de paciencia.

—Una muchacha llamada Joyce Brando se suicidó el otro día. Otra, una tal Doris Davison, está ya casi curada. Vi a las dos. —A la primera antes de que se suicidara. Ambas coinciden en que fuiste tú la que les facilitaba la heroína. ¿De dónde la sacabas, preciosa?

Se puso en pie de un salto.

—Eres un cerdo —dijo—. ¿A qué diablos vienes aquí con ese

rollo de mentiras, fisgón?

¿Quién te...?

Disparé la mano abierta. La bofetada la alcanzó en un lado de la cara. Ada cayó contra el sofá, levantó sus magníficas piernas a lo alto, y a continuación se hizo un ovillo encima del mueble.

Luego empezó a maldecir.

A continuación se lanzó contra mí lo mismo que una pantera. Me golpeó la espinilla con la puntera de Sus zapatos de alto tacón mientras que mi ascendencia y decencia rodaba por los suelos, bastante malparadas por cierto.

Me la saqué de encima de un manotazo y luego la abofeteé un par de veces.

Ada se fue hacia atrás, y la lancé al suelo de un golpe en uno de los lados de la cara. Luego extraje el «Colt», fui hacia ella y con la mano izquierda la prendí por uno de los hombros.

La mosquitera de nylon se rasgó bajo mi mano, pero tampoco hice caso del magnífico espectáculo que me ofrecía. Por lo tanto, clavé el cañón de la «Colt» en la boca de su estómago.

Ada se contrajo y lanzó un gemido.

No sentí piedad de ella. En mi mente bullía el nombre de una jovencita desconocida: Joyce Brando. Y otra más: Doris Davison. Incluso Alice Forrester, a pesar de que ésta tenía un hermano que era todo un cerdo, y ¿cómo no?, Sheila.



—¿Sabe quién es el asesino?

Una muchachita enamorada de mí. Una muchachita que había sido y que aún era mi amiga. Una muchachita, en fin, como tantas otras, aunque hasta ahora había tenido el suficiente talento como para no darse a las drogas.

Pero ¿cómo procedería si alguna vez se le presentaba la ocasión? En aquello era en lo que yo no quería pensar en modo alguno.

Ni en Sheila ni en multitud de jovencitas que caían, que iban cayendo en el vicio, día a día, y a las que más tarde o más temprano esperaba una muerte horrible.

Una muerte aún mucho peor que la que recibió aquella desconocida Joyce.

—Habla, querida —dije, con voz ronca—. Habla o acabaré por arrancarte el pellejo a tiras.

No replicó.

La golpeé de nuevo llevándola sujeta por el hombro, y el trozo de nylon quedó entre mis dedos, mientras Ada rodaba por el suelo, junto a mis pies, con las magníficas y bien torneadas piernas por completo al descubierto.

Mirándola, tiré de la corredera del arma. Ada abrió los ojos de manera inconmensurables.

—Habla, querida —dije, lentamente—. Habla o acabo con una de tus magníficas piernas.

Alargó la mano hacia mí, pero no por eso dejé de apuntarla.

—Vamos, nena —añadí—. Tienes tres segundos para decidirte.

Sobraron dos. Repentinamente, Ada se sentó en el suelo, encogió las piernas bajo su hermoso cuerpo y replicó:

—Me la facilitaban en el «Pájaro Azul».

Reprimí un respingo, y acto seguido la maldición que se me vino a los labios, cuando instantáneamente pensé en Dick Bogarde Farrell.

—¿Era el dueño el que te la suministraba? —pregunté.

—¿Míster Bogarde? No, fisgón. Era... Bueno, cada vez era un tipo diferente.

Avancé otro paso y la abofeteé de nuevo. Gimió y cayó al suelo hecha un ovillo, pero no dio su brazo a torcer, por lo que comprendí que me estaba diciendo la verdad.

—¡Le he dicho que era un tipo diferente, pesquisa! Cada vez uno distinto. Y por favor, no me pegue más. Le estoy diciendo la verdad.

No la golpeé de nuevo, sino que me encaminé hacia la puerta. Una vez con la mano en el tirador de la misma, espeté:

—Te di cien dólares en cierta ocasión. Cien dólares que sirvieron para que me tendieras una trampa. Procura que no ocurra otra vez, o de lo contrario, no lo contarás, monina.

No replicó. Yo tampoco tenía tiempo para esperar a que lo

hiciera. Por lo tanto, di media vuelta, cerré a mi espalda, y en menos de un minuto me vi de nuevo en la calle.

Durante unos cuantos segundos permanecí al borde de la acera, mirando el descapotable de Cherry, pero con el pensamiento puesto a cientos de miles de millas de él, por lo menos en sentido figurado.

Porque la declaración de Ada Cummins me había sumido en un mar de confusiones.

Pensaba en Dick Bogarde. Pensaba en el tipo que deseaba mi muerte en la silla eléctrica. Pensaba en Tex Forrester, pero sobre todo, pensaba en Cherry, y en lo que Cherry representaba para mí.

¿Dick Bogarde? Podía ser.

El era el dueño del «Pájaro Azul». Recordaba al pensar así que mi primera impresión era de que él, en un caso dado, sabría bandearse e imponerse contra cualquiera que tuviera enfrente.

¿Tex Forrester?

El podía ser el Eslabón Perdido.

No lo pensé dos veces. Empuñé el volante y embagué.

CAPÍTULO XIV

Era el Eslabón Perdido. No tenía la menor duda de ello. Por lo tanto, conduje rápidamente hasta el hotel donde se hospedaba.

Aparqué el descapotable de Cherry en la acera de enfrente, crucé la calle y entré en el hotel.

Como la vez anterior, no fui al recepcionista, sino que caminé hacia la escalera, y por suerte para mí, tampoco llamé la atención.

Desde luego fue una suerte para mí, como ya digo anteriormente. Porque Tex Forrester continuaba en el dormitorio, aunque no borracho como la vez anterior.

Ahora estaba muerto. Alguien, que había llegado antes que yo, le había apuñalado.

Continuaba en la cama, como si su borrachera se hubiese hecho crónica, pero ahora estaba bañado en un charco de sangre, y un agudo puñal aparecía clavado en su pecho, justo en el centro de su corazón.

Miré en torno.

No había nada, ni el más ligero rastro que me dijera quién lo había hecho, ni el porqué, aunque ese porqué ya lo sabía yo.

Escuché. Nada.

Ni el más leve rumor delataba que allí se había cometido un crimen.

Satisfecho por esto, aunque sólo fuera en parte, registré una vez más el dormitorio. El resultado fue: ¡nada!

Entonces pensé en Phil. En lo que le había encargado a Phil.

Lentamente, maldiciendo entre dientes, abandoné el dormitorio, cerré con llave a mi espalda, y luego introduje la susodicha llave por debajo de la puerta.

Hecho esto caminé hacia el exterior, y por suerte para mí, y para

desespero del capitán Aldo Mulligan, del Departamento de Homicidios, cuando descubriera el cadáver y no supiera quién lo había hecho, tampoco llamé la atención en aquel entonces.

Pensé en Phil cuando me acomodé frente al volante. Y al pensar en él fue cuando me di cuenta de que aquello ya tocaba a su final.

Un asunto que había empezado con la vista de una pelirroja y con las palabras de «Detenga a mi asesino, pesquisa», y que ahora iba a acabar, según creía yo, en uno de los clubs nocturnos más elegantes de San Francisco.

Lentamente conduje hasta la primera cabina telefónica que me vino al paso, y después de descender del descapotable, penetré en ella.

Disqué el número de Phil.

No estaba, pero se puso Sheila.

A mi identificación, replicó antes de darme tiempo para nada más:

—¿Cuándo nos casamos, querido?

Di un suspiro parecido al de un elefante y a continuación repliqué:

—Yo, Sheila, muchacha... Me atajó en seco.

—Sé que te vas a casar con Cherry Farrell, querido. La he visto hace poco, y ella misma me lo ha dicho. Y que conste que no tienes que disculparte, Richard. Yo sé perder. —Hizo una pausa, sin que yo osara interrumpirla, y luego añadió—: Bueno, pesquisa, ¿qué quieres?

—¿Y Phil? —pregunté.

—Con ésta ya son dos veces las que haces esta misma pregunta. Por lo visto, el amor de la Farrell te está haciendo perder facultades. Y ahora que te has enterado, ¿quieres explicarme el motivo de tu llamada?

Estuve a punto de mandarla al cuerno, pero lo que dije fue:

—Phil tenía que darme una información, ricura.

Soltó una risita burlona que me crispó los nervios, y añadió a continuación:

—¿Se trata de la morena con la cual nos divertimos tú y yo, querido?

In mente lancé una maldición, antes de replicar:

—A ésa me refiero. Phil tenía el encargo de...

—Se llama Della Stivens, y era amante de...

El resto casi no lo escuché, ya que lo sospechaba.

No me pilló de sorpresa, pues las cosas habían ocurrido tal y como yo las pensara. Ahora, por lo tanto, quedaba el resto. Un resto que muy bien podía tratarse de Dick Bogarde.

Dueño del «Pájaro Azul», con fortuna propia, podía ser el tipo que estaba abarrotando San Francisco de droga. Una visita a su apartamento podía ser productiva en grado sumo.

En cuanto al tipo que deseaba mi muerte en la silla eléctrica, era otra cuestión, y sumamente personal.

—¿Alguna otra información, querido?

La burlona voz de Sheila me sacó de mis momentáneas cavilaciones.

—No, querida —repliqué—. Ya es bastante. Dale re cuerdos a Phil, ¿quieres?

—¡Embustero!

Desde luego, no se trataba de darle recuerdos a Phil. Sheila no me había dicho aquéllas, palabras por ese motivo. Era por otro, que aunque lo sabía de antemano, no pude aclarar en aquel momento, ya que ella colgó el auricular telefónico mucho antes de que pudiera darle mi respuesta.

Hice lo propio y abandoné la cabina. Al salir de su interior, fue para enfrentarme con Cherry.

Durante unos segundos permanecí completamente inmóvil, mirándome en sus bellos y rasgados ojos azules, ahora rientes, hasta que ella misma me sacó de mi mutismo con una pregunta:

—¿Sorprendido, Richard, querido?

Confesé que sí, y ella rió quedamente. Luego me prendió del brazo y tiró de mí.

—Anda, invítame.

Nos acercamos a la barra, y esperé a que fuera ella la que primero se encaramase al taburete. El espectáculo de sus piernas merecía la pena y no quería perdérmele.

No me lo perdí. Por lo tanto, cuando acabó, me coloqué a su lado y pedí un «Manhattan» para mí. Cherry pidió otro y luego, con él en la mano, murmuró:

—No te sorprendas porque te haya seguido. Por esta estoy aquí.

—Hizo una pausa, sin que yo replicara, y luego añadió—: ¿Qué le

ha ocurrido a Tex Forrester?

Me había seguido, según confesaba. Por lo tanto, ella sabía que yo había estado en el hotel. Repliqué con la verdad:

—Alguien lo apuñaló, y creo saber quién es ese alguien.

Cherry bebió un poco antes de soltar la segunda pregunta de la serie.

—¿Quién fue, Richard?

Ahora sí vacilé. Por experiencia sabía que a nadie le gusta que acusen a un familiar de asesino, y más que de esto en sí, de traficante de drogas.

Pensando en esto, Cherry me apremió:

—¿Quién, querido?

—No lo sé —repliqué foscamente—. Aunque sospecho que lo hizo esa especie de primo tuyo.

De nuevo elevó el vaso hasta sus rojos labios, y de nuevo, después de beber, preguntó:

—Te refieres a Dick, ¿no?

—Sí —repliqué, secamente.

—¿Por qué?

Entonces, lentamente, haciendo pausas para beber, se lo conté todo. De pe a pa.

Cuando acabé, su bonito ceño estaba fruncido. Luego replicó, pero al cabo de unos cuantos segundos, durante los cuales se mantuvo enormemente pensativa:

—¿Vas a ir a verle? Consulté el reloj.

Las nueve de la noche.

—Sí —repliqué—. Dentro de irnos minutos, querida. Nuevamente calló y estudié su inexpresivo semblante.

Nada en él me decía lo que en realidad estaba pasando. Nada. Ni la expresión de sus ojos... ¡Oh, tan azules!

—Es duro para mí —musitó después—. Lo hubiera pensado de todos menos de Dick.

—Hizo una pausa y añadió, casi con violencia. —¿Por qué no puede ser Pauline, querido?

Era una pregunta como otra cualquiera, pero que en mi mente repiqueteó como un toque de alarma.

Descendí del taburete, con todo descaro miré sus piernas y luego repliqué:

—Espera un momento, monina.

Abandoné el taburete sumamente pensativo y fui a la cabina telefónica. Al segundo siguiente estaba discando el número de Phil.

Como esperaba, en aquella ocasión me respondió Sheila.

—¿Qué diablos quieres ahora? —preguntó apenas si supo de quién se trataba.

—Escucha, monina —repliqué, procurando armarme de paciencia—. Se trata de Phil, ¿sabes? Uno de los miembros de la familia Farrell se ha perdido y quiero saber dónde está. Se trata de...

—De Pauline Farrell, querido —me atajó—. Y lo siento. Siento no poderte decir nada más, ya que Phil está ahora en Chicago, adonde ha ido para averiguar algo sobre esta dama. Sé, o creo saber, que está de bailarina y cantante en uno de los clubs nocturnos de la ciudad del lago Michigan. Esto es por ahora lo único que puedo decirte, excepto que Phil ha ido allí porque se ha enterado de que la tal Pauline estuvo en San Francisco la noche en que asesinaron a Alice Forrester. ¿Te dice algo a ti, querido?

Colgué lanzando una maldición, y acto seguido fui a la barra a enfrentarme de nuevo con los ojos —¡oh, tan azules!— de Cherry.

—¿Algo inesperado? —preguntó apenas verme.

—Algo —murmuré quedamente—. Tu prima Pauline estuvo en San Francisco la noche en que asesinaron a tu doncella. ¿Qué respondes?

—Nada, Richard, querido —replicó—. Pudo ser ella como pudo ser Dick, dueño del «Pájaro Azul». Como pudo ser cualquiera de mis familiares, ya que al parecer, éste es un círculo vicioso del cual no hay manera humana de salir.

No la había.

Como decía Cherry, cualquiera de sus familiares podía haberse convertido en un traficante de drogas, empujado por la ambición. Cualquiera, incluso ella misma.

Lo pensé, pero mi cobardía fue tanta en aquel entonces que no me atreví a decirle lo que pensaba. Simplemente, repliqué:

—Será mejor que nos bebamos esto y que nos marchemos, querida.

—¿Al «Pájaro Azul»?

—¿Por qué no? —pregunté a mi vez.

No replicó, levantó el vaso y bebió lentamente. Luego descendió del taburete con un impresionante espectáculo de puntillas y de piernas. Pensé que en ella, de pies a cabeza, todo resultaba impresionante.

—Vámonos, querido —dijo entonces.

Salimos después de pagar yo, y ambos, silenciosamente, nos encaminamos hacia el descapotable, llevándola enlazada por la delicada cintura.

Pero no llegamos a él, por el momento.

Repentinamente, y antes de alcanzar al coche, algo zumbó por encima de nuestras cabezas. Puede que Cherry no se diera cuenta en aquel entonces de lo que ocurría, pero a mí no se me pasó por alto.

De inmediato me lancé contra ella y gritó cuando dio en el suelo con sus fantásticos y hermosos huesos, llevándome a mí encima.

CAPÍTULO XV

Rodamos por la acera estrechamente abrazados hasta el asfalto de la calle, mientras varios proyectiles más chocaban cerca de nosotros, alejándose luego con lúgubre zumbido.

Después, y cuando ya tenía la «Colt» en la mano, todo quedó en silencio. Junto a mí, vi el semblante pálido de Cherry.

—No te asustes, ricura —dije—. El que sea viene a por mí.

Aquello fue bastante peor, ya que en vez de tranquilizarla la asusté aún más.

—¡Richard, querido! No repliqué.

Tendido completamente sobre el asfalto, escudriñaba con los ojos la próxima esquina, lugar de donde habían partido los disparos, mientras mi cabeza trabajaba a marchas forzadas.

—No te muevas de aquí, muchacha.

—Por favor, Richard. No me dejes sola. No lo deseo.

La tranquilicé con una sonrisa, o por lo menos lo intenté. Luego, dije:

—El tipo disparó desde aquella esquina, preciosa. Y debo ir a ver si aún continúa estando ahí. No deseo que me balee por la espalda.

Me puse en pie. Cherry me imitó en el acto. Su pálido semblante y la expresión de sus ojos demostraban el miedo que estaba pasando.

—Espérame en el coche, querida —dije—. Y no te asustes, que no pasará nada.

Avancé pegado a la pared. Me detuve junto al primer portal y miré en torno. La calle estaba vacía y solitaria, nada de extrañar a aquella hora, y más si se tiene en cuenta que el tipo que disparó contra nosotros lo hizo con silenciador.

Por lo tanto, la alarma no había cundido, y no cundiría hasta

que yo empleara la «Colt», si es qué tenía tiempo para ello.

Avancé de nuevo. Pensando en Leslie Cameron, el hombre que había muerto por intentar venderme una información. Estaba seguro de que aquella agresión se relacionaba con ese crimen.

Al deshacerme del cadáver de la morena, el asesino había comprendido que yo tampoco era tonto. Por lo tanto, ya no deseaba verme frito en la silla eléctrica. Fracasado su primer intento, ahora intentaba eliminarme por todos los medios, y según acababa de ver, de una forma harto expeditiva.

Sin abandonar las precauciones, aunque estaba seguro que no encontraría nadie, alcancé la esquina.

Luego, llevando el cañón de la «Colt» por delante, la doblé.

Como esperaba, no había nadie. Ni detrás de la esquina, ni en todo el trozo de calle que veía frente a mí. Guardé la automática y regresé al lado de Cherry.

Silenciosamente me acomodé a su lado, y ella arrancó. Tres minutos más tarde, soltó la primera pregunta:

—Ahora nadie intenta matarme, Richard, y tú sabes que es verdad. ¿Por qué no abandonas esto?

—¿A pesar de Joyce y Doris, Cherry? —pregunté.

—A pesar de todo. Estoy enamorada y tengo miedo de que te ocurra algo. Por otra parte, nada ganas en esto.

—No —repliqué pensativamente—. Nada gano en ello, Cherry. Pero ya que he llegado hasta aquí, no lo dejaré hasta alcanzar el final.

—Pero ¿por qué?

—Por dos razones, monina —repliqué un tanto secamente—. Por humanidad y por amor propio. Por otra parte, también quiero que sepas que yo no sirvo simplemente para amontonar billetes de mil dólares.

Le dolió, pero no pude callármelo. Y no replicó. Continuó conduciendo en el más completo silencio hasta que alcanzamos el «Pájaro Azul».

Aparcó en la playa de estacionamiento y acto seguido se volvió, clavando sus ojos azules en los míos.

—Si tú quisieras, Richard, podríamos casarnos esta misma noche, al salir del club —dijo, suavemente.

Sonreí un tanto burlonamente.

—¡Pero, monina! —dije después—. Eso es el mundo al revés. Me estás pidiendo en matrimonio. ¿Te has dado cuenta de ello?

—Eres... Eres un payaso, Richard. Yo...

No la dejé terminar. La tomé por la cintura y ella cerró la boca al instante, para después buscar mis labios.

Había gente en el club. Y mucha. Tanto la barra como la circular pista de baile estaban completamente abarrotadas de público. Las mesas también.

Cherry musitó a mi oído en aquel entonces.

—Creo que no vamos a encontrar ningún sitio libre, querido. No repliqué a aquello, pero hice una pregunta:

—¿Dónde vive tu primo, muchacha?

Me miró con el asombro retratado en su bello semblante, y acto seguido replicó:

—Aquí, en el club. En el piso de arriba. Se va por aquella escalera del fondo. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Te dijo Doris que...?

—No fue ella —la atajé pensando en Ada.

Entonces me tomó del brazo obligándome a que me detuviera. La miré de frente.

—Richard, ¿no irás a...?

—¿Quieres ayudarme, muchacha? —pregunté a mi vez, atajándola de nuevo.

—Sí, Richard. Lo que tú digas, pero tengo miedo.

—No va a ocurrirte nada, monina. Ni siquiera vas a tener que moverte de aquí. ¿Sabes lo que deseo? Que entretengas a tu primito mientras yo subo a sus habitaciones.

—¿Esperas encontrar algo en ellas?

—No lo sé. Pero un club como éste se presta a muchas cosas. Puede que tu primito no sepa nada de lo que busco, pero Ada Cummins me dijo que ella sacaba la droga de aquí.

Continuamos sorteando mesas, los dos pensativos, hasta que nuestros pensamientos los rompió la voz del propio Dick Bogarde.

—De nuevo bienvenido a mi casa, míster Allan —dijo.

—Hola, prima.

Me tendió la mano, que estreché con un poco de desagrado, y luego preguntó:

—¿Desean una mesa?

La respuesta surgió de Cherry.

—Si tú te sientas conmigo, sí. Míster Allan sólo estará con nosotros unos minutos. Tiene que salir para resolver un asunto importante. Por lo menos, esto es lo que me ha dicho él.

La admiré por la rapidez con que había ideado aquella mentira.

Siempre sonriendo, Dick nos buscó una mesa. Se sentó con nosotros e iniciamos una conversación que corté tan pronto como me hube bebido el martini con que nos obsequió.

Unos segundos después caminaba hacia la calle. Rodeé la manzana buscando la puerta trasera del club.

Estaba cerrada, pero no me costó mucho trabajo abrirla. Entré.

Estaba oscuro como boca de lobo. Tanteando la pared, intenté orientarme hasta que mis pies tropezaron con los primeros peldaños de una escalera.

Subí por ella llevando ahora la «Colt» en el bolsillo derecho de la chaqueta, y la mano sobre su fría culata.

Una nueva puerta me cerró el paso, pero ésta estaba simplemente entornada, y por debajo de su hoja se filtraba un tenue rayo de luz, que contribuyó a alumbrarme los últimos peldaños de la escalera.

La empujé.

Frente a mí apareció el amplio y alfombrado pasillo, completamente iluminado. Caminé por él mirando las puertas que había situadas a ambos lados del mismo, en un total de tres.

Dos a mi derecha y una a la izquierda.

Dejé las de mi derecha, pensando que aquella solitaria puerta de la izquierda tenía que ser forzosamente el despacho.

Lo era. Y para mi suerte, estaba abierto.

Sin abandonar la culata de la «Colt», entré en él, cerré a mi espalda y caminé resueltamente hacia la gran mesa despacho, después de haber encendido las luces del interior.

Había una lámpara de pie encima de la mesa y la encendí también. Luego apagué la lámpara del techo y regresé junto a la mesa.

Empecé a buscar. No sabía qué, pero lo hice. Un libro de notas, papeles, cartas, cualquier cosa que me indicara que estaba en el buen camino.

Encima de la mesa no había nada. En los cajones de la derecha

tampoco. Pero sí en el del centro, aunque no a primera vista.

En el doble fondo del mismo, que encontré por una casualidad, cuando mis dedos tropezaron al registrar con una pequeña astilla de madera. Tiré de ella y entonces apareció la segunda cavidad del cajón.

Papeles.

Dick Bogarde estaba metido hasta el cuello en el negocio de las drogas. Lo comprendí de una simple ojeada. Pero aquello no era todo. Había también la fotografía de una mujer.

Una mujer en traje de baño, con otra a su lado. Las reconocí a las dos. Di la vuelta a la fotografía y leí el reverso. Me la guardé a continuación.

Empezaba a hacer lo propio con los papeles cuando una voz sonó a mi espalda.

—¿Encontró algo interesante, Allan?

Me volví en redondo. Frente a mí, apuntándome con una automática provista de silenciador, se encontraba Dick Bogarde. La mano con que intentaba sacar la «Colt» quedó lacia y mustia dentro de mi bolsillo.

Por muy rápido que yo fuera en sacarla, más pronto llegaría hasta mí la bala, que él dispararía.

—Sí, bastante —repliqué, contestando a su pregunta—. Lo suficiente para comprender que es usted una rata inmunda, Bogarde.

—Eso son sólo palabras, fisgón. Y los negocios son los negocios. Siéntese por ahí, ¿quiere?

Lo hice pensando en Cherry. ¿Dónde estaría? ¿Qué había hecho aquel tipo con ella?

CAPÍTULO XVI

No formulé de viva voz aquellas dos preguntas, pero recibí la respuesta casi al instante, y mucho antes que Dick Bogarde pudiera pronunciar una sola palabra más, cuando la puerta se abrió a su espalda y en el umbral quedaron enmarcados dos de sus hombres con Cherry.

Pasaron sin decir nada, y tampoco pronunciaron palabra cuando Cherry vino a mi lado y se apretó contra mí.

Fue entonces cuando Bogarde encaró a uno de ellos.

—¿Dónde está Murphy?

—A por el coche.

—De acuerdo, Konlak, regístrale.

Unos segundos después, mi automática y los papeles iban a parar a manos de Bogarde, junto con la fotografía.

La miró unos instantes y luego me encaró:

—Supongo que ya lo ha averiguado todo, ¿no? Sonreí, aunque no tenía ganas de hacerlo.

—Si se refiere al por qué murió Alice Forrester, sí. Ella tuvo relaciones íntimas con usted, ¿no? Sabía tanto del tráfico de drogas como usted mismo, Bogarde. Supongo que todo empezó cuando ella supo que era en ganada. Entonces le amenazó con descubrirlo todo si no le daba una fuerte, suma, ¿no? Y se la dio, pero atropellándola con un coche.

¿Lo hizo usted o mandó a alguno de sus sicarios, Bogarde?

Rió quedamente mirándonos a los dos.

—El coche lo conducía yo, pesquisa. Y sí, fue por eso, y por lo mismo murió su hermano. Me amenazó, intentó hacerme chantaje y le acuchillé. ¿Vamos?

Cherry no entendió la pregunta final de Bogarde, y por eso

permaneció completamente quieta, casi entre mis brazos, hasta que me oyó decir:

—Cherry no tiene nada que ver en esto, Bogarde. Ella es cuestión aparte.

—Cherry sabe tanto como usted, fisgón. Por lo tanto ella irá con usted.

—Es de su misma sangre, ¿no?

—¿Y eso qué importa? Ya le dije antes que los negocios son los negocios, y éste es uno de tantos. ¡Vámonos!

Hizo un gesto y los dos gorilas avanzaron hacia mí. No les dejé llegar. No deseaba que me ataran o me atontaran de un golpe. Antes de llegar a la calle, y teniendo completas todas mis facultades mentales, podía intentar algo.

Por lo tanto, tomé del brazo a Cherry, cuyo semblante tenía un color terroso, y tiré de ella.

—Tenemos que irnos, dulzura —dije, suavemente—. Anda, querida.

Se tambaleó al empezar a andar, pero no pronunció palabra alguna. Lo hizo Bogarde para indicarme:

—Por esta puerta no, fisgón. Por la trasera. —Rió suavemente y a continuación añadió un tanto burlón—: Hay ciertos espectáculos que no puedo ofrecerles a mi clientela. Compréndame usted.

Giré hacia la izquierda, y siempre llevando a mi lado a la silenciosa Cherry, atravesé la puerta, que ya una vez atravesara al llegar. Pero ahora, frente a mí, la escalera estaba completamente iluminada y adiviné que uno de los dos *gangsters* había encendido las luces desde el pasillo.

Miré a todos lados.

Detrás mío estaban los tres. A mi lado Cherry, mustia, silenciosa, caminando como un autómatas, y con los ojos dilatados por el espanto.

¿Podía intentar algo?

Como si en mi nuca pudiera leer lo que estaba pensando mi mente, Bogarde dio la respuesta a mi pregunta:

—No lo intente, fisgón. Piense que mi prima no está ducha en ninguna de las triquiñuelas que solemos emplear, y que la primera bala de mi automática irá para ella.

Oí el tenue gemido que soltó Cherry y las risitas burlonas de los

dos guardaespaldas. Crispé las manos, completamente impotente para intentar algo que pudiera ser efectivo.

Bogarde llevaba razón. Por lo tanto no repliqué.

Empezamos a bajar la escalera. Cherry pensando indudablemente en la muerte que a no tardar iba a hacer presa en ella, y yo en multitud de cosas.

Agradables las unas y desagradables las otras.

Agradables las menos. Agradables como lo eran Sheila y sus diecinueve explosivos años. O como la propia Cherry, o como Belle Casel cuando no deseaba golpearme la nuca con una estatuilla de bronce.

Llegamos al final de la escalera. Luego avanzamos hacia la puerta. Antes de llegar oí el zumbido del motor de un coche funcionando al ralentí.

Detrás mío sonó la voz del llamado Konlak:

—Murphy ha sido puntual.

Bogarde dio la callada por respuesta mientras Cherry y yo alcanzábamos la calle. Entonces vi al coche. Un sedán pintado en gris con matrícula del mismo San Francisco, a pesar de que indudablemente sería tan falsa como el mismo Satanás.

No había salvación posible. Pensando en esto caminé hacia el coche casi empujando a Cherry, a quien cada vez costaba más dar un paso.

Detrás nuestro salieron los tres. Dieron un par de pasos escondiendo las armas en los bolsillos, pero sin dejar de apuntarnos a través de ellos, y fue precisamente entonces cuando empezó a cantar una metralleta.

Durante más de un largo segundo permanecí completamente inmóvil, y luego salté contra Cherry derribándola al suelo.

A continuación giré por el mismo y miré. Un par de tipos estaban rociando de plomo a los tres. Dick Bogarde era el más cercano a mí, y ya estaba caído en el suelo cuando pude verle.

Arrastrándome, mientras que los otros dos *gangsters* giraban sobre sí mismos, empujados por el plomo, llegué hasta él y hundí la mano en su bolsillo.

El frío del acero de mi «Colt» me infundió un torrente de lava por las venas. Tiré de ella y la levanté.

—¡Quieto, rata! Quieto o te vuelo los sesos.

Lancé una maldición y dejé caer la «Colt» mientras que el otro acababa de acribillar el coche del que en vida se llamó Dick Bogarde Farrell.

En el acto me puse en pie mientras el cañón de la metralleta seguía atentamente todos mis movimientos.

—Vamos, al coche.

Entonces vi el otro automóvil. Un nuevo sedán «Buick» pintado completamente de negro.

—Vamos, nena. Mueve esas hermosas piernas, que tenemos prisa.

Cherry gimió de nuevo y se tambaleó un poco. Uno de los *gangsters* la empujó hacia el coche. Avancé hacia ella y el otro clavó el cañón de la metralleta en mi espalda.

—Te he dicho que te estés quieto, rata. Y no temas por la chica, que por ahora no va a pasarle nada.

No repliqué, pero avancé hacia el coche. Penetramos dentro y éste se puso en marcha rápidamente, pero con tanta rapidez como para que yo no oyera el pitido estridente de los silbatos de la policía.

Me arrellané contra el asiento y cerré los ojos. A mi lado, Cherry respiraba fatigosamente y continuaba sin pronunciar una sola palabra.

Al parecer había perdido la facultad de hacerlo. Dejé de pensar en ella.

Estaba seguro de saber dónde me llevaban, y por qué. Estaba, también, seguro de saber el porqué de toda aquella carnicería con tanta seguridad como sabía la identidad del hombre que mató a una mujer morena en mi apartamento, pero antes, apenas con unas horas de anticipación, había asesinado a «Voz Ronca», porque éste iba a venderme una información que a él no le interesaba que supiera yo.

El odio que sentía por mí le había empujado contra Dick Bogarde y sus dos sicarios, para arrancarme de sus garras, ya que el placer de matarme lo deseaba para él.

De pronto recordé a Sheila y a Phil. Phil, que había efectuado un viaje en busca de Pauline Farrell. Un viaje que ya no conducía a nada práctico.

Si Pauline estuvo en San Francisco la noche que asesinaron a

Alice Forrester, se debió a la casualidad y a nada más.

Estaba pensando en Belle Casel, y en todo lo que Belle representaba, cuando oí la voz de uno de nuestros captores:

—Vamos, fisgón, despierta, que ya hemos llegado. Abrí los ojos y miré por la ventanilla.

Era verdad. Ante nosotros había una pequeña y estrecha senda, y más allá, por entre los árboles, descubrí el oscuro tejado de una casa.

—Abajo, fisgón.

Descendí del coche llevando a Cherry a mi lado. Luego, sin necesidad de un nuevo acicate, los cuatro avanzamos hacia la casa en el más completo silencio.

Un silencio largo y pesado que Cherry rompió por fin:

—¿Qué va a ocurrir ahora, querido? Intenté tranquilizarla.

—Nada, Cherry. Esto es una equivocación. Estos tipos me han confundido con otro.

—Cierra el pico, amigo. O te lo cerramos de un golpe.

Callé pensando en las palabras que le había dicho a Cherry. Una burda mentira.

Nadie mejor que yo sabía lo que me esperaba dentro de aquella casa, si es que mis sospechas eran fundadas.

Lo eran. Lo supe apenas entrar, cuando vi frente a frente al hombre rubio, alto y delgado, de crueles ojos grises, que me miraba con expresión de odio infinito.

—Hola, Paddy —dije—. Supuse que tanto interés por mi persona sólo podía venir de un tipo como tú.

Avanzó hacia mí llevando la pesada automática en la mano.

—¡Cerdo! —masculló al llegar frente a mí—. Tú enviaste a Cass a la silla. Juré, cuando me juzgaron a mí, que tan pronto saliera de allá acabaría contigo del mismo modo que tú acabaste con él.

—Pero te falló, Paddy. Tú llevaste a tu chica con engaños a mi apartamento y la asesinaste allí. Pero te salió mal porque fui más listo que tú. Por eso mataste también a Leslie Cameron. Pero lo hiciste antes que a tu amante. El había estado en Sing-Sing

contigo, ¿no? Su —pongo que allí le hablaste de mí. Luego ambos vinisteis detrás mío hasta San Francisco, pero él prefería sacarme unos cuantos dólares por la información, y le salió mal.

—Siempre dije que eras un tipo listo, fisgón, pero que acabarías mal. Cameron era un sujeto que no merecía confianza. Por lo tanto, tan pronto como lleguemos aquí y supimos tu paradero le mandé vigilar, con ese resultado.

Me miró, y abrí la boca para replicarle.

No tuve tiempo de hacerlo. Súbitamente, sin previo aviso, Paddy Latimer levantó el cañón de la automática. Quise esquivar el golpe, pero no pude, y éste me alcanzó en un lado de la cara.

Con la cabeza a punto de estallar giré en redondo, y entonces uno de los dos *gangsters* me golpeó en la nuca. Caí de rodillas oyendo gritar a Cherry.

Giré en redondo y tropecé con una pierna. La tomé entre las manos y la torcí con todas mis fuerzas. Un arma cayó a mi lado, pero, no hice caso.

Continué torciendo la pierna. Los huesos empezaron a crujir y el hombre gritó a todo pulmón. Fue entonces cuando por segunda vez la culata de una pistola cayó contra mi cabeza.

Perdí el sentido.

Cuando me desperté estaba tendido en el suelo, en un lugar completamente oscuro, y con todo el cuerpo magullado. A mi lado oí una tenue y contenida respiración.

Hice un esfuerzo por incorporarme. Casi en el acto oí la voz de Cherry:

—Richard..., querido. ¿Estás bien?

Lancé un gruñido y a continuación repliqué:

—No te preocupes por mí, preciosa. ¿Sabes dónde estamos?

—En el sótano de la casa. Después de golpearte nos trajeron aquí. Ese Paddy dijo que dentro de unas horas nos sacaría. Estamos cerca de los acantilados, ¿sabes?

Comprendí lo que me quería decir con aquello, mientras buscaba una salida a aquella situación. No la había. Como si adivinara algo, Cherry preguntó de nuevo:

—¿Qué hacemos ahora, querido? Primero Dick, y aquí...

—No debí haberte metido en esto, Cherry —atajé diciendo lo que pensaba en aquel momento—. ¿Sabes si hay alguna salida?

—La puerta, Richard. Antes de que apagaran las luces pude darme cuenta de que aquí no hay nada más que nosotros y las cuatro lisas paredes. Enfrente, está la puerta.

Me puse en pie tambaleándome.

Vacilando, caminé hacia la puerta con las manos extendidas.

—¿Qué intentas, Richard?

Y por el ruido que produjo adiviné que ella también se había puesto en pie.

—No lo sé, muchacha. Y ahora, si quieres hacerme caso, será mejor que te estés quieta ahí.

Tropecé con la puerta y la tanteé hasta que di con la cerradura. Luego me registré los bolsillos. No tenía en ellos ni un cortaplumas. Sólo el arrugado paquete de cigarrillos y algunas cerillas.

Encendí una y miré la puerta hasta que me abrasé los dedos. Lancé entonces una maldición y la dejé caer.

Lentamente regresé al lado de Cherry.

—No hay nada que hacer, ¿verdad?

—No lo sé aún, preciosa. —Hice una pausa y pregunté a continuación—: ¿Sabes si he estado mucho tiempo sin conocimiento?

—Con seguridad no, Richard, aunque creo que ha sido bastante tiempo. No repliqué a aquello. Como siempre, pensaba.

CAPÍTULO XVII

Nunca supe cuánto tiempo, ni cuántas veces intenté tranquilizar a Cherry mientras unía mis labios con los suyos en aquella desesperada situación, ni las horas transcurridas, hasta que fuera oí rumor de pasos.

Me puse en pie notando como ella alargaba la mano, tirando de mi brazo.

—Richard, ¿qué vas a hacer? —susurró bajito.

En la oscuridad me encogí de hombros. La verdad era que no lo sabía. Luego repliqué:

—No te muevas. Permanece tendida tal y como estás, como si durmieses. El que sea debe distinguirte justo en el momento en que abra la puerta. ¿Comprendes?

No pude verlo, pero sé que Cherry afirmó con la cabeza.

Lentamente me acerqué hasta la puerta. No, desde luego no sabía lo que iba a hacer. Tal vez nada. Pero me repugnaba morir como un perro, sin defensa posible. Por otra parte estaba Cherry. Tal vez muriera en aquel entonces, en aquel mismo momento. Tal vez fuera preferible así. De este modo le ahorra el suplicio que indudablemente representaría para ella el ser trasladada en coche hasta el lugar que Paddy Latimer habría decidido de antemano.

Sí, desde luego podíamos morir en aquel mismo momento. Escuché.

Los pasos estaban cada vez más cerca. ¿Un hombre solo? Indudablemente, sí. ¿Paddy? No lo creía.

Uno de sus sicarios. Eso era. ¿A qué venía? ¿A sacarnos de allí?

Ahora sí que sonreí en la oscuridad. Si era uno solo y abría la puerta. Paddy Latimer me había tomado mal las medidas. Cierto que sentía dolores en todo el cuerpo, pero cierto también que a

pesar de ello no me iba a estar quieto.

Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta. Contuve la respiración, sabiendo que al otro lado, el que fuera, estaba haciendo lo mismo.

Transcurrieron unos cuantos segundos de incertidumbre, y finalmente oí la llave entrando en la cerradura. Luego giró.

Casi al segundo la pesada hoja de madera cedió, y el cono de luz alumbró la figura yacente de Cherry, que seguía inmóvil.

Netamente oí la exclamación de sorpresa de Paddy Latimer cuando no me vio junto a ella. Después intentó cerrar la puerta, y entonces salté contra él, sujetándole primero la mano armada.

Levanté la rodilla y Paddy boqueó angustiado. Se dobló por el centro y con el puño cerrado le golpeé la nuca. La automática cayó al suelo produciendo un sordo ruido.

Me incliné sobre ella. Desde el suelo Paddy lanzó las dos piernas juntas, y me vi volando a través de la estancia hasta que di con la pared.

Sacudí la cabeza viendo como el *gángster* se me venía encima llevando la mano a la funda de la axila en ademán relampagueante. Salté contra él, esquivó y a continuación lanzó hacia mí la mano armada. El cañón de la automática me golpeó por segunda vez en el término de unas horas a un lado de la cara.

Abrí los brazos en cruz y giré en redondo. Luego, boqueando, con la cabeza a punto de estallarme en un millón de pedazos caí de rodillas.

Paddy, riendo como un loco, se me vino encima y me lanzó un patadón. Acto seguido estrellé el cuerpo contra la pared, pero no perdí el sentido, si bien mi cabeza parecía no regir ya.

Había una espesa nube delante de mis ojos, y en el centro de ella la figura de Paddy sosteniendo la automática con la cual me apuntaba a la cabeza.

En el acto, sus palabras silbantes llegaron a mis oídos:

—¡Voy a enviarte al infierno, figón! Y va a ser ahora mismo. Luego, tu chica y yo hablaremos. Después puede que me la lleve a los acantilados, o que la deje ir. —Hizo una ligera pausa y añadió —: ¿Te acuerdas de Cass, rata? Pues vas a ir con él ahora mismo. Esperaba llevarte a los acantilados tan pronto como empezara a amanecer, pero súbitamente me acordé de que tu chica es muy

hermosa. Por eso estoy aquí. He venido por ella.

Soltó una carcajada y levantó el arma mientras las nieblas que embotaban mi cerebro se despejaban rápidamente.

Nada podía hacer. Esto fue lo primero que pensé contemplando el rostro bestial de Paddy. Nada, sino esperar la muerte.

Completamente inmóvil, pensé en Cherry. En el destino de Cherry, y aun a pesar de que no llegaría a tiempo, tensé todos los músculos de mi dolorido cuerpo.

Hice ademán de saltar, y entonces sonó el disparo. Pero mi cuerpo no recibió ningún golpe.

Luego, frente a mí, al rostro de Paddy Latimer le ocurrió una cosa curiosa. Repentinamente desapareció de mi vista en un estallido de sangre, y luego él cayó al suelo como un saco, donde se movió un par de veces para después quedar completamente quieto.

Durante unos segundos permanecí inmóvil, como alelado, y acto seguido me volví.

Frente a mí, con mi propia «Colt» en la mano, de cuyo feo cañón se escapaba una tenue voluta de humo, estaba Cherry, con el semblante completamente demudado.

Trabajosamente me puse en pie y fui hacia ella. Pero antes de llegar, Cherry se lanzó materialmente en mis brazos.

—¡Oh, Richard, querido! ¡Le he matado! ¡He matado a un hombre!

Refugió su hermosa cabeza en mi hombro y acaricié su pelo, hasta que repentinamente volví a la realidad.

—Dame esa automática, monina —dije—. Esto no ha acabado aún.

Pensaba en los dos *gangsters* que indudablemente estarían en cualquier parte de aquel caserón.

Cherry también parecía pensar en aquello, ya que me la entregó sin vacilar. Luego, con ella en la mano, dije:

—Ponte detrás mío, querida. Al parecer, aún quedan dos dentro de la casa. Lo hizo.

Acto seguido caminamos hacia la puerta. Dos o tres yardas por delante de ella arrancaba una escalera. Empezamos a subir dejando atrás el cadáver de Paddy Latimer, sin lanzarle una sola mirada.

¿Habrían oído el estallido de la «Colt»?

Sin lograr responderme a la pregunta alcanzamos el final de la

escalera. Frente a nosotros un corto pasillo, y una cerrada puerta.

—Es mejor que te quedes un poco atrás, Cherry —dije en un susurro.

Se retrasó, y el uno detrás del otro continuamos caminando hacia la puerta.

Me faltaban un par de yardas para llegar a ella cuando me detuve haciendo un rápido cálculo mental. Hecho esto giré un tanto el rostro.

—Pégate a la pared de la izquierda, monina —dije.

Esperé a que ella hubiera obedecido y lentamente me acerqué a la cerrada puerta para tantearla.

No estaba cerrada con llave.

Por lo tanto la abrí de un patadón y acto seguido salté de costado. Me respondió un balazo que chamuscó los pelos de mi sien derecha mientras me lanzaba al suelo.

Después salté hacia adelante, en tanto el proyectil se estrellaba al fondo del corto pasillo y crucé el umbral con el cañón de la «Colt» por delante de mí.

Vi la fugaz sombra agazapada junto a una mesa despacho, y el fognazo que siguió a mi entrada.

Apreté el gatillo de la «Colt» justo en el momento en que la pesada bala arrancaba astillas, del marco de la puerta, detrás mío.

La detonación retumbó como un trueno haciendo temblar las paredes, detonación que se vio interrumpida por el alarido de agonía del *gángster*.

Luego el silencio cayó en torno. Esperé.

Tres o cuatro segundos, y me puse en pie.

El *gángster* estaba muerto. Le lancé una rápida y fugaz mirada y retrocedí en busca de Cherry.

—Queda uno, querida —dije por todo comentario.

—Es horrible, Richard...

No repliqué, tal vez porque la comprendía demasiado bien.

La prendí por el brazo y tiré de ella. Atravesamos aquel tosco despacho buscando una escalera que condujese a la planta baja.

Dimos con ella.

Unos segundos después, los dos estábamos descendiendo hasta el amplio «hall», esperando de un momento a otro recibir un inopinado balazo del segundo *gángster*. Atravesamos el «hall» hacia

la puerta que daba acceso al estrecho camino.

Llegamos a ella, cruzamos el umbral y salimos fuera. Me detuve entonces mirando en torno.

No había nadie. El silencio era absoluto. Por el horizonte empezaba a clarear el nuevo día.

—Rodearemos la casa, monina —dije—. Allí deberá estar el garaje. Usaremos uno de los coches de esa gente.

Se mostró conforme, sumisa como siempre. Rodeamos la finca.

De nuevo miré en torno. Fue entonces cuando dije:

—Creo que es mejor que te quedes aquí, querida. Los coches deben estar allí.

Y señalé la construcción de madera que había más allá, cincuenta yardas frente a nosotros, bajo los árboles.

—Iré contigo —me replicó—. No quiero quedarme sola. Volví a mirar a un lado y otro, y luego di mi asentimiento.

—De acuerdo, monina —dije—, iremos juntos.

Caminamos un tanto apresuradamente por espacio de unas veinticinco o treinta yardas, y entonces estalló el disparo. Algo así como un taponazo.

Casi en el acto oí el gemido de Cherry, luego la vi caer a mi lado y entonces giré en redondo mientras el otro balazo chamuscaba la manga de mi chaqueta produciéndome un rasguño por encima de la muñeca.

Entonces disparé mientras avanzaba loco de furor. Una y otra vez.

Ahora sé que con la primera bala hice blanco, pero entonces no. Por lo tanto continué apretando el gatillo, hasta que agoté la carga de la «Colt», mientras que, frente a mí, el último de los *gangsters* danzaba de un lado para otro impulsado por los pesados proyectiles del 45.

Justo cuando la carga se agotó, el tipo pareció perder la estabilidad y se derrumbó al suelo, donde quedó completamente quieto.

Entonces di media vuelta y corrí hacia Cherry, que ahora permanecía sentada en el suelo, mirándome con los ojos llenos de espanto.

—Veamos, qué ha sido eso.

Intentó incorporarse, pero no la dejé. Después, sin miramiento

alguno, mientras que su semblante enrojecía violentamente, desgarré su blusa a la altura del hombro derecho.

—Es la picadura de un mosquito, querida —dije después—. Vamos, te lo curaré.

La vendé con una tira de mi propia camisa, y acto seguido la ayudé a ponerse en pie.

Después, llevándola por la cintura, nos encaminamos hacia la construcción de madera.

Dentro había un par de coches. Uno era el «Buick» que habían empleado para llevarnos allí, y me decidí por él.

Penetramos dentro, coloqué a Cherry a mi lado y empuñé el volante. Manejé el demarré y unos segundos después corría rápidamente buscando la carretera.

Las ruedas delanteras del «Buick» empezaban a pisarla, cuando Cherry preguntó:

—¿Dónde vamos ahora, querido?

—Primero a que te curen eso, ricura. Luego nos casaremos, y acto seguido te presentaré a un amigo.

—¡Richard, querido! —musitó, para después añadir, curiosa como toda mujer—: ¿Quién es ese amigo?

Solté la carcajada y ella me miró con asombro, pero no aclaré nada, porque estaba pensando en el capitán Aldo Mulligan, del Departamento de Homicidios de San Francisco, y en el berrinche que iba a tomar tan pronto como me viera aparecer en el interior del Precinto.

Pero mucho más grande lo llevaría Ada cuando la policía fuera a buscarla para preguntarle unas cuantas cosas, ya que la fotografía que yo vi en el despacho de Dick Bogarde, una fotografía con dos mujeres en bañador, la representaba a ella y a Alice Forrester.

Pero esto ya no me importaba a mí. Esto era cuestión del capitán Mulligan, o en su defecto, del Departamento de Narcóticos.

FIN



CRIMEN PARA UNA EMBUSTERA

—Me vas a entender en seguida. Me llevarás al lugar donde tienes a Nancy.

—Ya le he dicho que no está aquí.

Newman movió la mano armada con celeridad. El cañón golpeó contra el maxilar inferior de Jeffrey, el cual se tambaleó maldiciendo.

—Ya me oíste, Jeffrey. No quiero volverlo a repetir.

—Usted se está jugando la piel —amenazó Jeffrey, rabioso.

—Supe que me la jugaría desde el momento en que decidí venir aquí. Y ya basta de perder el tiempo, Jeffrey, o te aseguro que me pongo a quebrarte los huesos.

Jeffrey hizo un gesto afirmativo.

—Está bien. Venga conmigo.

—No pienses que voy a dejar de vigilarte. Al menor intento por tu parte de jugármela, te hago un agujero en la nuca.

Un enigma apasionante e imposible de descifrar...

¡Una novela que usted devorará hasta la última página!

CRIMEN PARA UNA EMBUSTERA

¡Léala en el próximo número!

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a dark blue gradient with a bright, starburst-like light source in the upper left corner. Two women are featured: one in the upper left wearing a red sleeveless dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger; the other in the lower left wearing a white dress with a large green floral pattern, looking up and smiling with her hand near her face. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a dark body and a light-colored label with the text 'BRANDY V.O. VETERANO', 'OSBORNE', 'ESTA PRODUCCIÓN DE 1910', and 'PUERTO DE SANTA MARÍA'. The overall composition is dynamic and classic for mid-20th-century advertising.

GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain